

La Ilustración Artística

Año XXIX

← BARCELONA 27 DE JUNIO DE 1910 →

Núm. 1.487

OBERAMMERGAU.—LAS REPRESENTACIONES DE «LA PASIÓN.» (1910)



LA VIRGEN MARÍA (Otilia Zwink)

(De fotografía de F. Bruckmann A. G., de Munich, comunicada por Carlos Trampus.)



Texto.— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Pensamientos* — *Las representaciones de la Pasión en Oberammergau*. — *Buenos Aires. Fiestas del Centenario*. — *Llegada de S. A. R. la infanta Doña Isabel. La catástrofe de Villepreux* — *Monumento que la colectividad española de la Plata ofrece al pueblo argentino* — *Espectáculos*. — *Problema de ajedrez*. — *Minnie* (novela ilustrada; continuación). — *Actualidades parisienses*. — *El monumento a la condesa de Segur*. — *La fiesta de las flores*. — *Valencia. Teatro Serrano*. — *Libros enviados a esta redacción por autores ó editores*. — *Barcelona. Representación en las Arenas de la tragedia «Canigó» adaptación del poema de Verdaguer*.

Grabados.— *Oberammergau. Las representaciones de la Pasión*. 1910. — *La Virgen María (Otilia Zwink)*, *Jesús de Nazareth (Antonio Lang)*, *señorita Mayer (María Magdalena)*, *el plomero Alfredo Bierling (apóstol San Juan)*, *el pintor Juan Zwink (Judas Iscariote)*, *el herrero Rutz, director de los coros, herrando el asno en que Jesús hace su entrada en Jerusalén*, *Caifás (Gregorio Breitsamter)*, *San Pedro (Andrés Lang)*, *Herodes (Juan Mayr)*, *Pilatos (Sebastián Bauer)*; fotografías de F. Bruckmann A. G., de Munich. — *Fiestas del Centenario Argentino*. — *Peregrinación al Santuario de Luján*. — *Manifestación patriótica en la plaza de Mayo*. — *Las tropas formadas al paso de Su Alteza Real la infanta Doña Isabel*. — *La comitiva oficial dirigiéndose a la residencia de S. A. R.* — *Barcelona. Exposición de retratos y dibujos antiguos y modernos. Salas 10.^a y 11.^a* Principales obras que figuran en ellas pertenecientes al siglo XIX. — *Monumento á Moreno*, obra de Miguel Blay. — *Aspecto del sitio de la catástrofe de Villepreux poco después de ocurrida aquélla*. — *Monumento que la colonia española de la Plata ofrece al pueblo argentino con motivo del centenario de la Independencia*. — *París. Inauguración del monumento a la condesa de Segur*. — *Fiesta de las flores celebrada el 17 del corriente en el bosque de Bolonia*. — *Valencia. Teatro Serrano (dos vistas)*. — *Barcelona. La tragedia «Canigó» en las Arenas. El escenario: el público*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No ha mucho he encontrado en un gran diario de América, un artículo firmado por Guillermo Ferrero, renombrado antropólogo y yerno de César Lombroso. El eminente profesor italiano se queja con amargura de que la prensa y la multitud han tomado por las hojas, digámoslo así, el rábano de las teorías de su suegro, y se han metido á hacer psicología barata y ciencia fácil, con ocasión de los resonantes procesos de Murri y de la condesa Tarnowska.

Laméntase Ferrero de que la gente se eche á discutir y fantasear, de que la psicología de los delinquentes la haga el primer reportero á quien se le antoje meterse en honduras; de que así se desacrediten las teorías de Lombroso y la antropología criminal sea puesta en solfa.

¡Oh!, diremos al leer estas quejas de Ferrero. También, también nosotros estamos saturados de esas crónicas que él califica de larguísimas, enredosas, confusas, enmarañadas, que imponen penosa fatiga. Y ¿sabe el profesor italiano á qué es debido todo ello? Pues ni más ni menos que á ignorancia de la forma literaria. El que escribe bien lo hace comprender todo, y concreta y reduce á expresión clara y sucinta cuantas ideas sugiere un crimen, así sea el más psicológico del mundo.

Sin género de duda, no es ciencia lo que se busca en los diarios; los diarios pertenecen á la extrema vulgarización; evitan lo rigurosamente científico, que cansaría á sus lectores. La misión de los diarios es transmitir á la muchedumbre nociones y emociones; ciencia, no. Si la antropología criminal fuere rigurosamente científica, no se hubiesen apoderado de ella las publicaciones diarias. No querrá reconocerlo Ferrero; y sin embargo, es verdad. ¿A que no se lanzan los cronistas á aprovechar los datos de las matemáticas, de la química, de la filología, de la física, de la metafísica, de las ciencias bien marcadas y bien fundadas, para devanar la madeja de sus crónicas?

Naturalmente, lo repito, cuando un periodista es además un escritor, sobre los temas de Lombroso borda una crónica que no solamente parece profunda, sino que se lee con agrado y arroja cierta luz, al menos en apariencia, sobre los misterios del alma humana. Si este mismo periodista escritor quiere realizar igual *tour de force* explicando, verbigracia, un

problema de álgebra superior, no lo conseguiría. Conviénzase Ferrero de que la antropología criminal, cuya importancia no intento negar, es sin embargo, un comodín para la prensa y un cedazo claro por donde cuela todo.

Y, evocando recuerdos, no es posible evitar la creencia de que Lombroso ha sido más... vivo en sus conclusiones y afirmaciones, que ningún reportero ó ningún bordador de asuntos judiciales. Los gruesos errores de hecho, materiales, que hormigean en los escritos de Lombroso; la intrepidez con que sobre estos errores afianza una teoría ó un principio, hacen que yo, en mi conciencia, no pueda compadecer al autor de *El crimen y las revoluciones*, por la precipitada aplicación que de sus enseñanzas cometen los discípulos espontáneos que le salen.

¿Con qué derecho pretende Ferrero que un cronista, en una redacción, á las altas horas, apurado por el regente de la imprenta que reclama original, escriba más concienzudamente que el sabio, en el tranquilo gabinete de estudio ó en la Biblioteca silenciosa?

Ciertamente, todos los inventores de ideas que cunden y se esparcen por el universo, pueden deplorar que su pensamiento haya sido mal interpretado infinitas veces, y hacen suya la famosa exclamación de madama Roland cuando subía las gradas del patíbulo: «¡Libertad, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!» Siendo así, con todo, no tienen tanto motivo para dolerse los que, como Lombroso, han dado el ejemplo de la generalización inconsiderada, y han desvirtuado las ideas realmente originales que concibieron, aplicándolas sin tino y no contrastándolas con aquella prudente desconfianza y aquel noble recelo que el verdadero hombre de ciencia siente toda su vida, ya que busca la verdad y teme falsificarla.

Involuntariamente, Lombroso es cómplice en las enormidades jurídicas que estamos presenciando, tiene gran parte de culpa en la apoteosis de Steinheil, la mundial supuesta parricida del callejón Roncín; en la idolatría que inspira la Tarnowska; en las escabrosidades horribles del proceso Murri. Y cito estos procesos, por no citar otros más oscuros y olvidados, pero que á su hora no dejaron de provocar efusiones de admiración morbosa y de simpatía aberrante. Yo creo que, á no ser por Lombroso, no se hubiese atrevido un periódico, que conservo, á calificar de *simpático* á cierto criminal que atrajo á una emboscada á un amigo, le asesinó á martillazos, echó el cuerpo en un sótano donde le devoraron las ratas, y se fugó á América con el dinero robado á su víctima. Y quizás, á no ser Lombroso, no se hubiesen resuelto tantos bausanés á escribir á la Steinheil billetes incendiarios, ofreciéndole automóviles y joyas, que, por otra parte, no se sabe que le hayan entregado cuando salió de San Lázaro para refugiarse en Inglaterra.

Es el peligro de las generalizaciones. Tanto bien como hace la divulgación de una noticia científica exacta, positiva, comprobada, hace daño una teoría sin base firme, en que trozos de verdades se mezclan con hipótesis y atrevimientos, formando un conjunto esencialmente accesible á la multitud, y por consecuencia, quiera ó no quiera Ferrero, esencialmente *periodístico*.

No sería fácil, ni preparándola adrede, que ningún sabio (nótese que no le regateo este título á Lombroso) realizase obra más á propósito que la de Lombroso, en sus líneas generales y salientes, para ser aprovechada, explotada, embrollada, barajada y puesta en menestra y en escabeche por los diarios... En esta obra de Lombroso, entre la cual hay partículas de oro, aciertos y observaciones curiosas, predominan los materiales frágiles; pero yeso, escayola, paja, cartón piedra, *stiff*, todo lo ha revestido Lombroso de una capa de similar, sin ver el peligro de que la parte sería de su trabajo sea, ante la posteridad, completamente arrastrada y sumergida por el peso de lo ligero — ¡y no hay cosa que pese más que las ligerezas!

No se maraville pues el profesor Ferrero si todo el mundo, cronistas, ociosos, histéricas y *snoobs* pseudo científicos, se lanza á querer conocer «los abismos del alma humana» y si, mediante esta ingerencia, «la justicia se perjudica, la ciencia se desacredita y el progreso de las instituciones se retarda.» Tales efectos puede asegurarse que no son culpa solamente de los profanos; alguna le cabe á Lombroso, que ense-

ñó á esos profanos el arte de hacer psicología criminal sin pararse en barras.

¿Cómo extrañar que el público se empeñe en explicar todas las acciones de los criminales, aun las más repugnantes y bajas, en un sentido favorable y hasta poético y romántico, si Lombroso (con bien escaso fundamento) propagó el concepto de que el crimen, la locura, el genio y la santidad, son una misma cosa? En vano se alegrará que Lombroso es un partidario de la severa represión y hasta de la pena de muerte. El público, lógico en su yerro, sólo ve que de la Tarnowska á Santa Isabel de Hungría, de Soleilland á Julio César, no va el canto de un duro, y se interesa por la condesa que probaba el filo de sus cortaplumas en los labios de sus amantes igual ó más que por la landgravesa ¡que con sus manos celestes curaba á los leprosos!

Conste que no digo yo que la psiquiatría sea una ciencia análoga á la de Chianio, el zapatero que pretende saber predecir el tiempo; no, puede estar seguro Ferrero de que le reconozco su rango á la psiquiatría. Lo que hay es que la psiquiatría, como toda ciencia, exige mucha cautela y andarse con pies de plomo. Lombroso ha dado mil volidos. Tenía que sucederle alguna vez, lo que dicen que le sucedió: que le enviaron los retratos de varias excelentes personas que en su vida habían hecho nada de ilegal, diciéndole que eran de criminales empedernidos, y descubrió con horror en aquellas caras y cabezas todos los estigmas de todo lo estigmatizable, y cuantas anomalías caben en lo anómalo, no sin gran regocijo de sus maleantes corresponsales.

Y si de lo hilado en esta crónica se sacase en limpio que los periódicos deben ser parcos en la descripción de los crímenes, y que no debe encomendarse esta sección sino á persona muy inteligente y que sepa escribir, — miel sobre hojuelas.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Tres virtudes conducen al cumplimiento de nuestros deberes: la prudencia que hace discernir el bien del mal; el amor universal que une á los hombres entre sí, y el valor que nos da fuerzas para huir del mal y hacer el bien.

PROVERBIO CHINO.

Creo firmemente que la ciencia y la paz triunfarán de la ignorancia y de la guerra; que los pueblos se pondrán de acuerdo, no para destruir, sino para edificar, y que el porvenir será de los que más hayan hecho por la humanidad doliente.

PASTEUR.

La presencia universal é idéntica de Dios envuelve la creación como el Océano envuelve una esponja; la penetra, la llena, es la misma en cada lugar y su carácter de infinito le está adherido inviolablemente. La providencia que cuida del gorrion es infinita como la providencia de la vía láctea, no menos atenta, no menos sabia, no menos poderosa, en una palabra, infinita, en el sentido único que admite este carácter.

C. FLAMMARIÓN.

Todo lo vemos según la disposición en que nos hallamos, de modo que la juventud, que parece hecha sólo para la alegría y para los placeres, no encuentra nada desagradable, todo le sonríe, todo le entusiasma. No tiene aún la experiencia de los males del mundo, ni de las contrariedades que nos suceden; de aquí que se imagine que no hay disgustos ni adversidades para ella. Como se siente fuerte y vigorosa, desecha el temor y tiende por todas partes las velas á la esperanza que la alienta y la guía.

BOSSUET.

Si la vida no tiene por fin el placer, sino el perfeccionamiento de nuestro ser, el dolor ya no es un mal; es hasta un bien, porque es para nosotros el más enérgico instrumento de perfección.

P. JANET.

Si el hombre llegado á su entera perfección es el primero de los animales, es el último cuando vive sin leyes y sin justicia. Nada más monstruoso, en efecto, que la injusticia armada; pero el hombre ha recibido de la naturaleza las armas de la sabiduría y de la virtud, que ha de emplear contra sus malas pasiones. Sin la virtud es el más perverso y feroz de los seres, pues no tiene otros impulsos que los brutales del amor y del hambre.

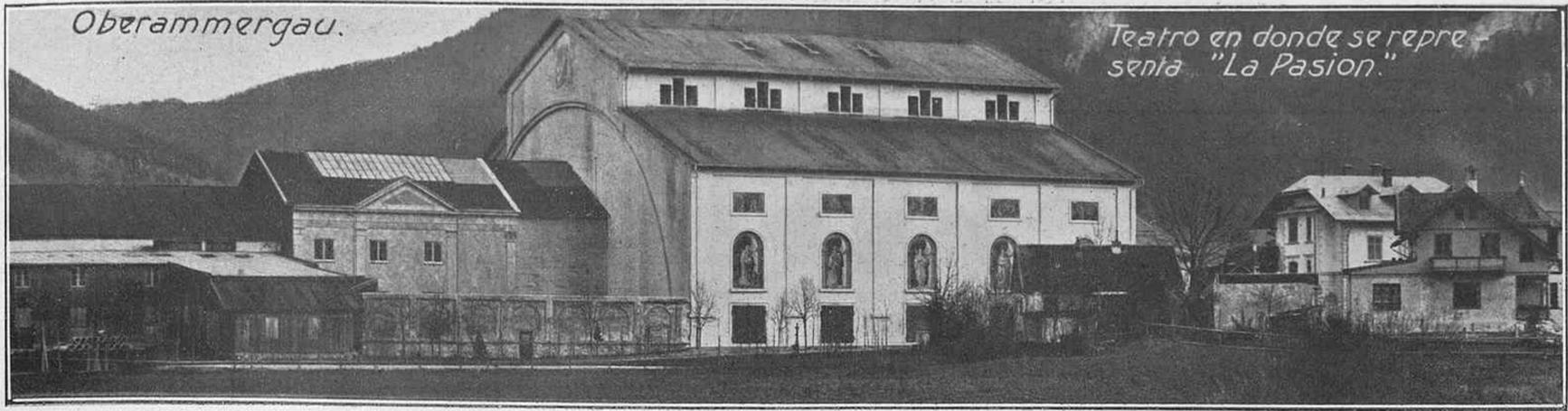
ARISTÓTELES.

Importa mucho no hacer más que una cosa á la vez; el hombre verdaderamente distinguido es el que puede concentrar toda su acción en una cosa y olvidar todo lo demás. La concentración es la gran fuerza del espíritu humano.

LABONLAYE.

Hay personas que no saben perder el tiempo solas; son el azote de las gentes ocupadas.

DE BONALD.



LAS REPRESENTACIONES DE «LA PASIÓN» EN OBERAMMERGAU

En el año 1633, declaróse en los valles del Tirol bávaro una espantosa peste que diezmo las poblaciones de todas las ciudades y aldeas de la región; el pueblo de Oberammergau habíase salvado, sin embargo, del azote y para evitar todo contagio, las autoridades establecieron un cordón sanitario, cortando rigurosamente toda comunicación con el exterior. Sucedió, empero, que un hijo del pueblo que trabajaba en Eschenlohe, en donde la peste hacía estragos, logró á favor de la noche penetrar en Oberammergau; tres días después, moría víctima de la terrible enfermedad y con él sucumbían, por la misma causa, cuarenta de sus paisanos.

Los habitantes del pueblo, creyendo que quizás un piadoso voto podría aplacar la cólera celeste, reuniéronse en asamblea solemne y acordaron representar todos los años la pasión de Jesús si Dios les libraba de la horrible plaga. Atendió el Señor sus votos, pues inmediatamente cesó la epidemia, y desde entonces se dieron, primero anualmente y después, por atendibles razones, cada diez años, las representaciones que tanta fama han dado á Oberammergau y que periódicamente llevan á aquel pintoresco pueblecito millares y millares de forasteros de todo el mundo.

Esas representaciones efectuábanse, en un principio, en un tablado construído á lo largo del muro de la iglesia y al aire libre; después levantóse un escenario de mayores proporciones en un prado de las afueras del pueblo; finalmente en 1900 construyóse el teatro actual. Compónese éste de un gran tablado de cuarenta metros de ancho por más de treinta de profundidad, en medio del cual álzase una construcción, en forma de templo corintio, que viene á ser un segundo escenario para los cuadros vivos del Antiguo Testamento, de que luego hablaremos, y para ciertas escenas de la Pasión, como la Cena, la Oración en el monte de los Olivos, etc.; á ambos lados de este escenario hay dos grandes pórticos que figuran las puertas de Jerusalén y tocando con ellos, á la derecha del espectador, la casa de Anás y á la izquierda el palacio de Pilato. Toda esta parte del teatro está al aire libre, lo mismo que la primera mitad de la sala del público; la otra mitad de ésta está cubierta. La sala puede contener 4.000 espectadores.

El texto de la Pasión, tal como hoy se representa, es del P. A. Daisenberg, quien respetó lo más posible el antiguo, casi tomado del mismo Evangelio, y terminó su labor en 1860; un maestro de escuela del

pueblo llamado Dodler compuso la música para los coros, que, en estas representaciones, desempeñan un papel análogo al que desempeñaban en la antigua tragedia griega.

La Pasión comprende casi todo el Nuevo Testamento y algunos episodios del Antiguo, representados por medio de cuadros vivos cuyos asuntos ofrecen alguna analogía con las escenas de aquél, á las cuales preceden. Así, por ejemplo, antes de representar la escena en que el Gran Consejo judaico, presidido por Anás y Caifás, decide la pérdida de

y que más honda impresión producen son: la Cena, Cristo ante Pilatos, Pilatos tratando de salvar á Cristo, la coronación de espinas, la crucifixión, la muerte y el descendimiento de la cruz.

Las representaciones, que duran desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, con un solo intermedio de dos horas para comer, se efectúan todos los domingos y días de fiesta y por excepción en algunos días laborables, desde mayo á septiembre inclusive. Y si en uno de los días señalados hay más aficionados de los que caben en el teatro, la función se repite al día siguiente para los que no han podido verla el anterior.

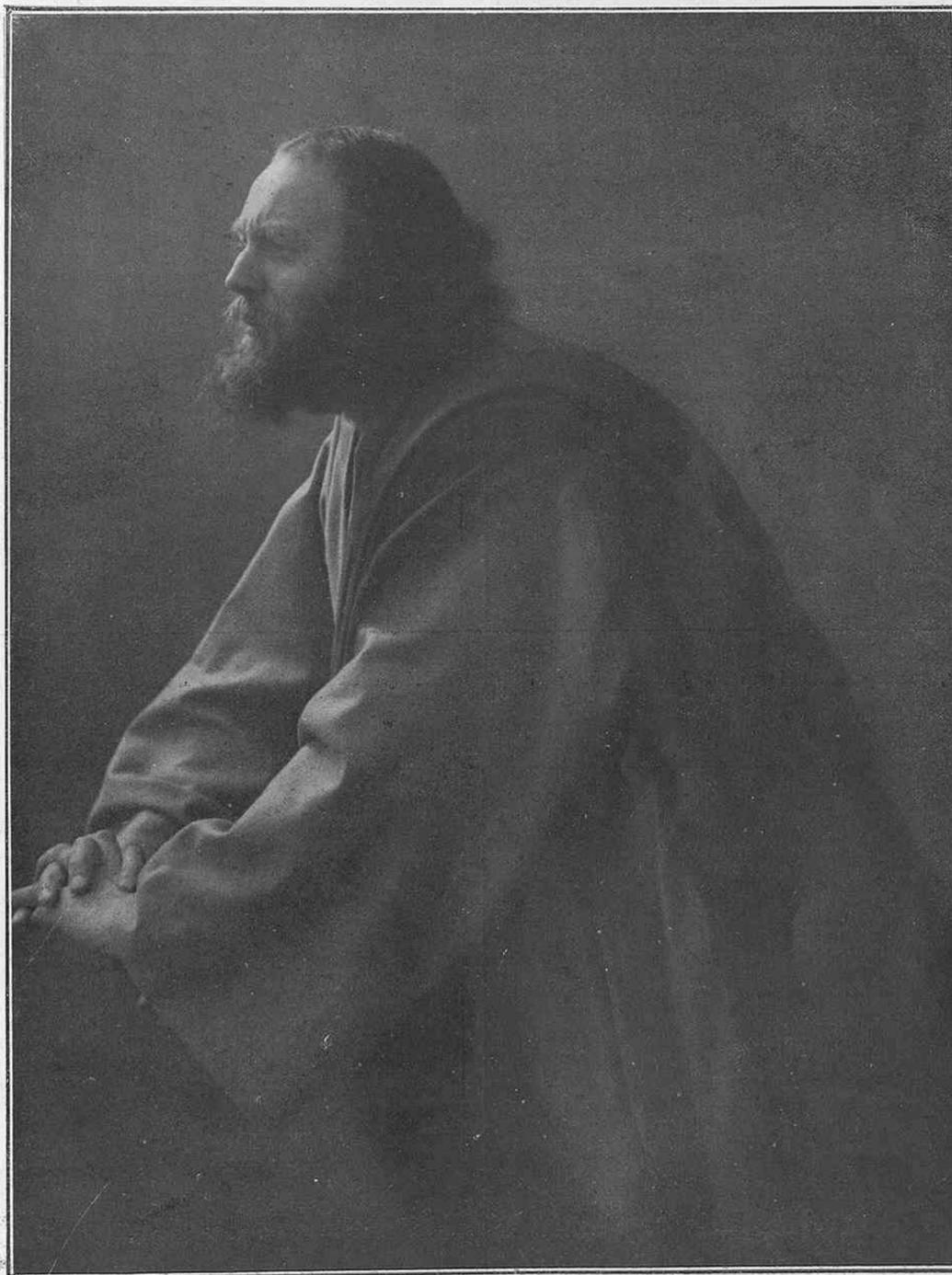
El número de personas que toman parte en estas representaciones es de unas 700 y todas ellas absolutamente, desde el primer actor al más modesto comparsa y al último violín, son habitantes de Oberammergau: ciento cincuenta desempeñan papeles más ó menos importantes; cuatrocientos, hombres, mujeres y niños, son figurantes; las demás forman el coro y la orquesta.

Las decoraciones, en número de cuarenta y seis, han sido ejecutadas por un pintor decorador de Viena; las más de ellas son hermosísimas. Los trajes han sido dibujados por el profesor de dibujo de la escuela del pueblo, quien se ha inspirado en las obras más recientes que tratan de la indumentaria de la época y de los lugares en que se desarrolló la Pasión de Nuestro Señor.

El reparto de los papeles se hace por un consejo de 24 individuos, elegidos por suerte entre los habitantes del pueblo; y una vez aquéllos distribuídos y aprendidos por los respectivos actores, comienzan, con mucha anticipación, los ensayos parciales primero y luego los generales en el teatro. En algunos casos los papeles son desempeñados varios años por los mismos individuos; así, el escultor J. Mayr representó el de Cristo en 1870, 1880 y 1890, y el alfarero Antonio Lang, que lo representa este año, lo desempeñó ya en 1900.

Es difícil formarse una idea del entusiasmo con que trabajan todos los que en la Pasión intervienen; más difícil es aún figurarse, sin ver el espectáculo, la perfección con

que interpretan sus respectivos papeles. Aquellos aldeanos, industriales humildes casi todos ellos (en su mayoría escultores de imágenes religiosas de madera), se convierten en actores eminentes, y así parcialmente como en conjunto, consiguen efectos de un vigor dramático imponderable, rayanos, en algunos momentos, en lo sublime.—R.



Jesús de Nazareth (Antonio Lang)

(De fotografía de F. Bruckmann A. G., de Munich, comunicada por Carlos Trampus.)

Jesús, representase en cuadro vivo el complot de los hijos de Jacob contra su hermano José, á quien arrojan á una cisterna; y antes de la desesperación de Judas, el fratricidio de Caín.

El espectáculo, que se divide en diez y ocho actos ó escenas y un prólogo, empieza por la entrada de Jesús en Jerusalén; los momentos más culminantes

OBERAMMERGAU.—LAS REPRESENTACIONES DE «LA PASIÓN.» (1910)

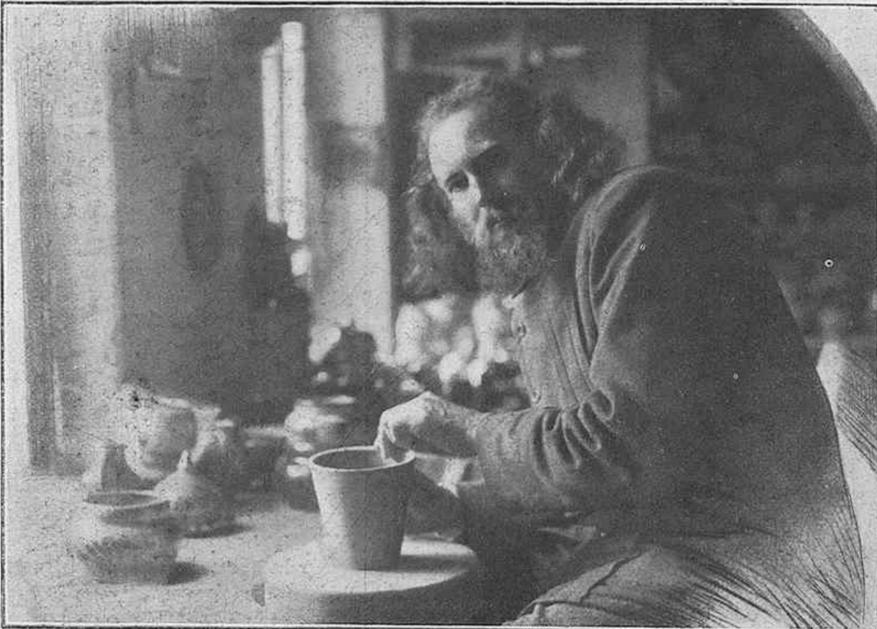
LOS PRINCIPALES ACTORES EN LA INTIMIDAD



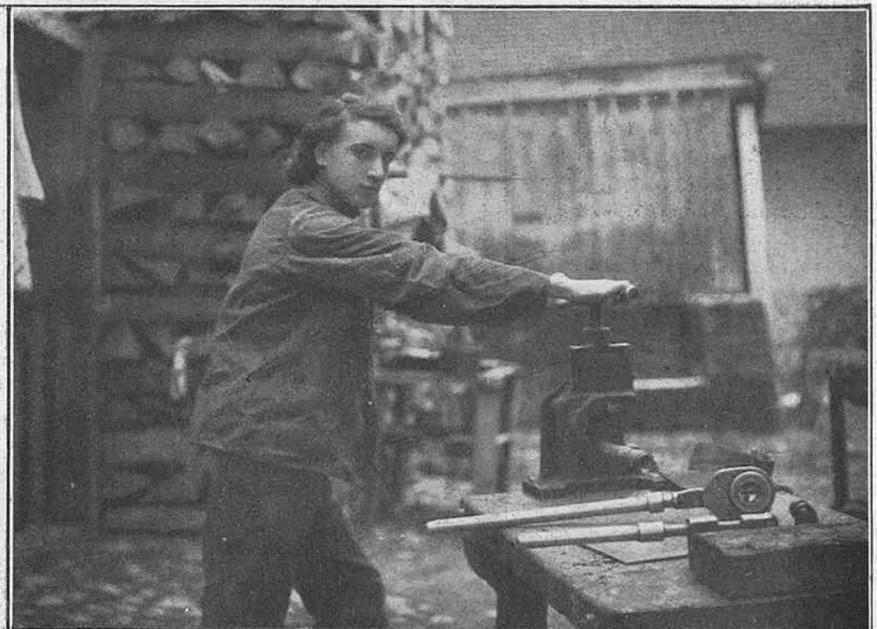
Otilia Zwing, hija del pintor del pueblo, que representa el papel de la Virgen María



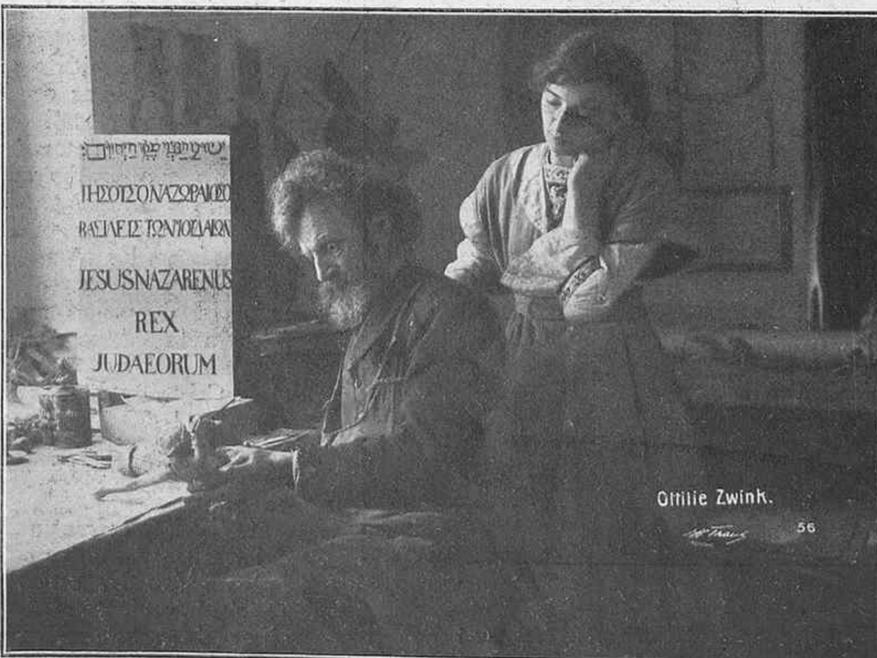
La señorita María Mayer, que representa el papel de María Magdalena



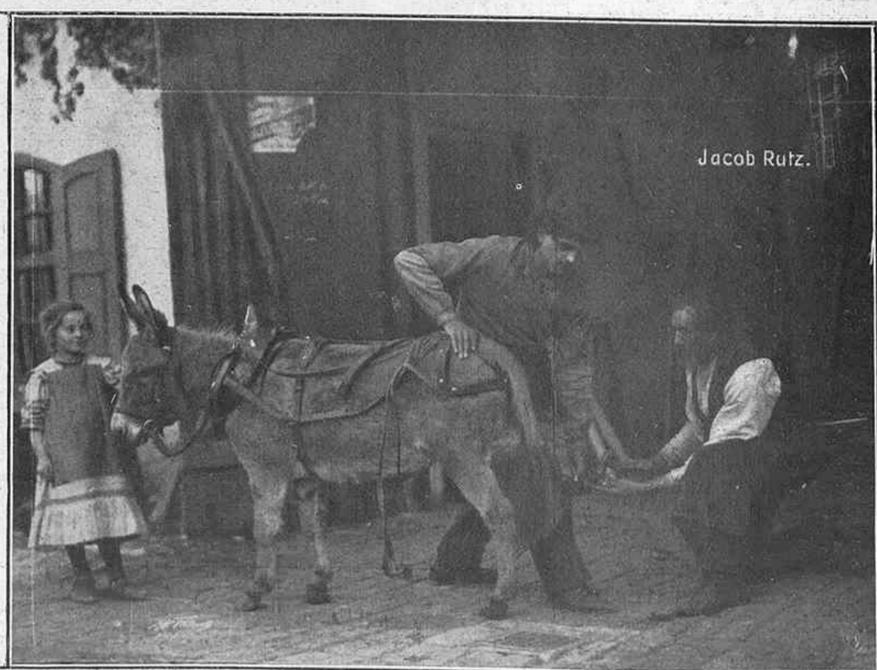
El alfarero Antonio Lang, que representa el papel de Jesús de Nazareth



El plomero Alfredo Bierling, que representa el papel del apóstol San Juan



El pintor Juan Zwink, que representa el papel de Judas Iscariote



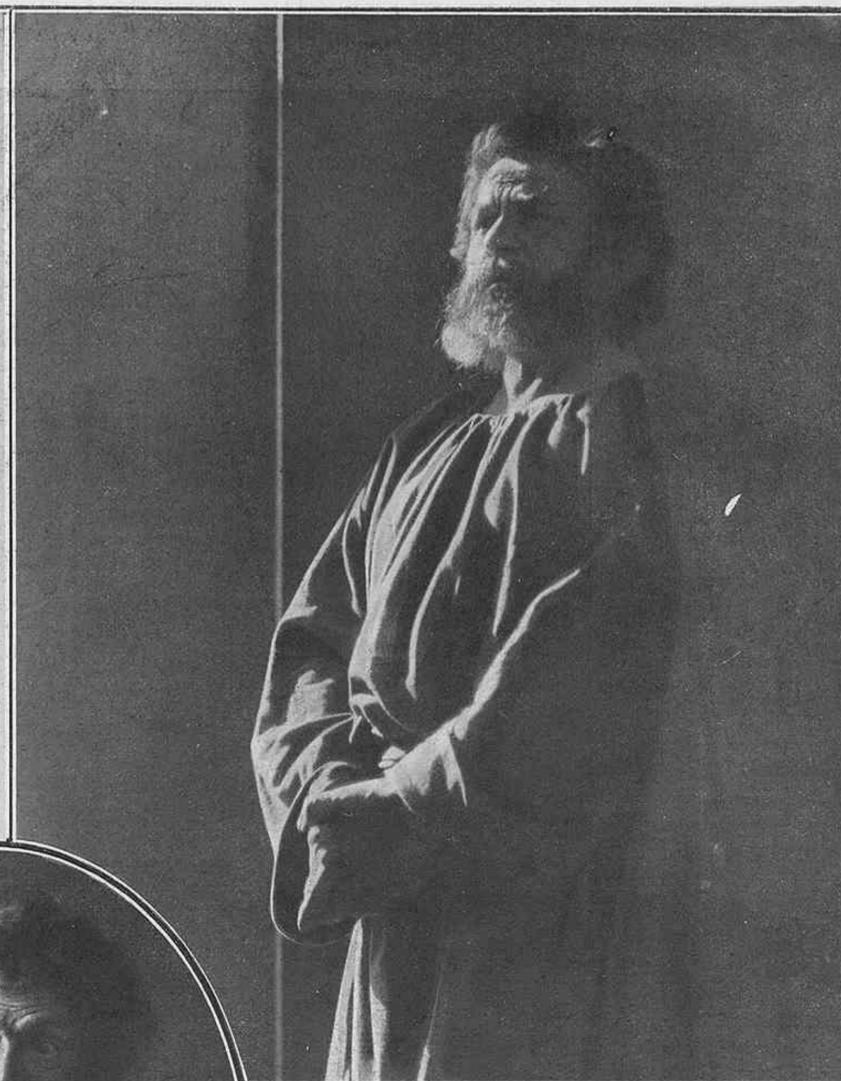
El herrero Jacobo Rutz, director de los coros, herrando el asno en que Jesús hace su entrada en Jerusalén

(De fotografías de F. Bruckmann A. G., de Munich, comunicadas por Carlos Trampus.)

LOS PRINCIPALES PERSONAJES



CAIFÁS (Gregorio Breitsamter)
JUDAS ISCARIOTE



SAN PEDRO (Andrés Lang)
(Juan Zwink)



HERODES (Juan Mayr)



PILATOS (Sebastián Bauer)

(De fotografías de F. Bruckmann A. G., de Munich, comunicadas por Carlos Trampus.)

BUENOS AIRES. FIESTAS D

MAYO.—LLEGADA DE S. A. R. LA INFANTA DOÑA ISABEL

Con una solemnidad religiosa se inauguraron las fiestas del Centenario de la Independencia argentina, con una peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Luján, que data del año 1630 y en el cual se venera una milagrosa imagen de la Virgen. En representación del Poder Ejecutivo asistieron á la romería el ministro del Interior Dr. Gálvez y el director general de Correos y Telégrafos Dr. Alcácer; concurren también al piadoso acto el internuncio pontificio monseñor Locatelli y el arzobispo de Buenos Aires Dr. Espinosa.

Por concesión especial de S. S. se permitió descender la sagrada imagen del pedestal en que se halla colocada y pasearla procesionalmente por la plaza de Luján.

Más de cinco mil personas formaron parte de la peregrinación, que fué un acto imponente.

En la capital efectuáronse grandiosas manifestaciones patrióticas: millares de ciudadanos recorrieron las principales calles de Buenos Aires llevando muchos de ellos banderas y estandartes. Varias bandas de música acompañaban á los manifestantes, á cuyas explosiones de entusiasmo asocióse toda la población.

El día 18 de mayo llegó á Buenos Aires el vapor *Alfonso XII* que conducía á S. A. R. la infanta Doña

Isabel y más individuos de la misión española. Fué su entrada en el puerto entre saludos de los torpederos argentinos que salie-

ron paña y todo el personal de la legación y del consulado, una lucida representación de la colonia española, comisiones de las entidades bonaerenses más importantes y una muchedumbre inmensa.

La infanta, al desembarcar, fué saludada por el intendente de Buenos Aires y cumplimentada por el presidente, el gobierno y las autoridades, é inmediatamente se organizó la comitiva, ocupando S. A. y el señor Figueroa Alcorta un coche á la gran *D'Aumont*, escoltado por un escuadrón de granaderos.

La carrera estaba cubierta por las tropas de línea con uniforme de gala y en toda ella ondeaban numerosas banderas.

El recibimiento que se dispuso á Doña Isabel fué grandioso, indescriptible: trescientas mil personas aglomeradas en los muelles cuando desembarcó S. A. la aplaudían con delirante entusiasmo y la vitoreaban, vitoreando también á España y al ejército y en las calles de la carrera la

multitud rompió las filas de los soldados para aclamar más de cerca á la augusta dama. En aquella manifestación, que no se interrumpió un momento, rivalizaron españoles y argentinos, confundiendo los atronadores aplausos y los estruendosos vivas de unos y otros.

Una ovación enorme saludó á la infanta cuando llegó al palacio del Gobierno en donde se efectuó la



Peregrinación al Santuario de Nuestra Señora de Luján con que se inauguraron las fiestas del Centenario argentino

ron á su encuentro en alta mar, siendo á su paso saludado por los barcos de guerra extranjeros allí reunidos con motivo del centenario.

A las tres de la tarde S. A., acompañada del ex ministro Sr. Pérez Caballero y de todas las personas de la misión, dirigióse al muelle, en donde le esperaban el presidente de la República Sr. Figueroa Alcorta, el gobierno, las autoridades, el ministro de Es-



Manifestación patriótica en la plaza de Mayo

recepción oficial; allí fueron presentados á S. A. los altos funcionarios públicos, las autoridades y el cuerpo diplomático y al presidente Sr. Figueroa Alcorta los individuos de la misión española.

Terminada la recepción, la infanta hubo de asomarse al balcón para corresponder á los saludos del pueblo y en seguida dirigióse á su hospedaje reprodu-

museo de artísticas elegancias. El comedor, que comunica con el jardín, es amplio y cómodo. En él guardan las estanterías una rica vajilla y juegos de banca. En el jardín, que ocupa dos cuadras, es aprovechado el desnivel hacia el río, lo cual le da gran variedad de perspectivas. En él crecen añosos y viejos árboles.

»En el vestíbulo arranca una escalera preciosa, con balaustrada tallada, desembocando en una galería cubierta de tapices. En el principal están los dormitorios, tocadores y cuartos de baño.»

Y en una correspondencia inserta en el propio diario añade estos pormenores:

«De cómo la infanta ha sido aposentada y atendida, dan idea algunos detalles. Para elegir criados de toda confianza, ha habido que contratarlos con sueldos de 40 pesos diarios (más que un ministro en nuestro país). La comida se ha contratado en el mejor hotel, cuesta la suma de 3.000 pesos diarios...»

En resumen, la entrada de la infanta en Buenos Aires fué realmente triunfal; de ello son prueba, además de lo que han dicho los periodistas, los telegramas del presidente de aquella República á S. M. el rey Alfonso XIII, del ministro de España en la Argentina al ministro de Estado español y sobre todo el de



Las tropas formadas al paso de S. A. R. la Infanta Doña Isabel

ciéndose las ovaciones en todo el trayecto que recorrió.

En su magnífico alojamiento fué recibida S. A. por una comisión de señoras presidida por la esposa del presidente de la República.

Así los corresponsales españoles como la prensa bonaerense convienen en que el recibimiento de Doña Isabel revistió proporciones pocas veces vistas.

La residencia que durante su estancia en Buenos Aires ocupó la infanta es el magnífico palacio de don Teodoro Bary, situado en la grandiosa avenida Alvear, y es uno de los más elegantes y lujosos de la capital.

El marqués de Valdeiglesias, director de *La Epoca* de Madrid, que formaba parte de la misión española que acompañaba á la infanta, en un telegrama dirigido al citado periódico, describe aquella suntuosa morada en los siguientes términos:

«El palacio está precedido de un jardín, limitado por una elegante verja de hierro. Su fachada es de una gran pureza de líneas, y el edificio está dividido en dos plantas, baja y principal, flanqueado por dos torres con montura de pizarra.

»En el piso principal alternan los balcones de hierro y piedra, rematados con grandes medallones orlados con palmas. Jarrones con guirnalda coronan el edificio.

»Toda la casa está magníficamente decorada: paredes tapizadas de tonos suaves, malva, blanco, lila; armonizándose con los muebles de gusto inglés, sobrio y exquisito, cuadros de Jiménez Aranda, Domingo, Barbudo y Villamil; de Fantin Latour, Siem y de Jules Bretón, de la escuela francesa contemporánea; arquillas talladas, bibeloteras repletas de curiosidades, abanicos antiguos con preciosos calados y telas hermosísimas; todo un



La comitiva oficial dirigiéndose á la residencia de S. A. R. la infanta Doña Isabel

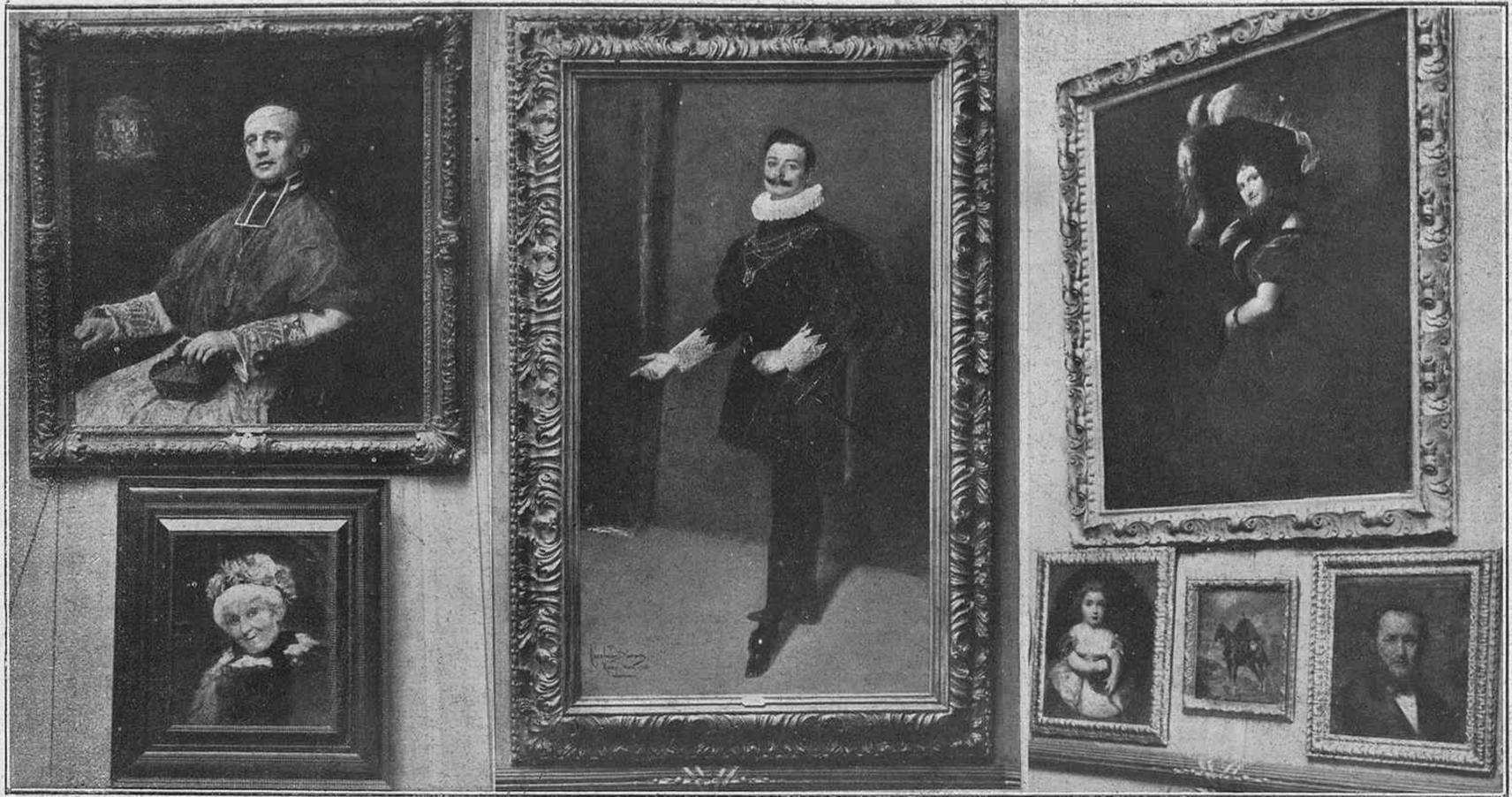
S. A. que, sintetizando la impresión recibida, envió poco después de su llegada á su augusto sobrino el siguiente lacónico pero expresivo telegrama:

«Recepción estupenda. Exito inmenso. Estoy muy contenta. Te abraza, Isabel.»

(Fotografías de *La Nación*, de Buenos Aires, comunicadas por nuestro corresponsal literario Sr. Monner Sans.)

BARCELONA.—EXPOSICIÓN DE RETRATOS Y DIBUJOS ANTIGUOS Y MODERNOS

(De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)



Sala 10.^a Siglo XIX.—Notable, por más de un concepto, es la sección francesa, cuyas obras hállanse instaladas en esta sala, destacándose en el sitio de preferencia el excelente retrato del pontífice León XIII, de Chartrán; el del cardenal Herscher y de Mad. Porlier, obra ambos de Gabriel Ferrier; el de un camarero de capa y espada, de Carolus Durán; el del niño Vaudrey, por Gooderson; el del comandante Heriot, por Roybert; otro anónimo de Dupuis; el de una joven desconocida, por Patricot; el de la marquesa de Comillas, por Greve; el de Enrique Mérida, por León Bonnat, y el de una dama, por Laurens.



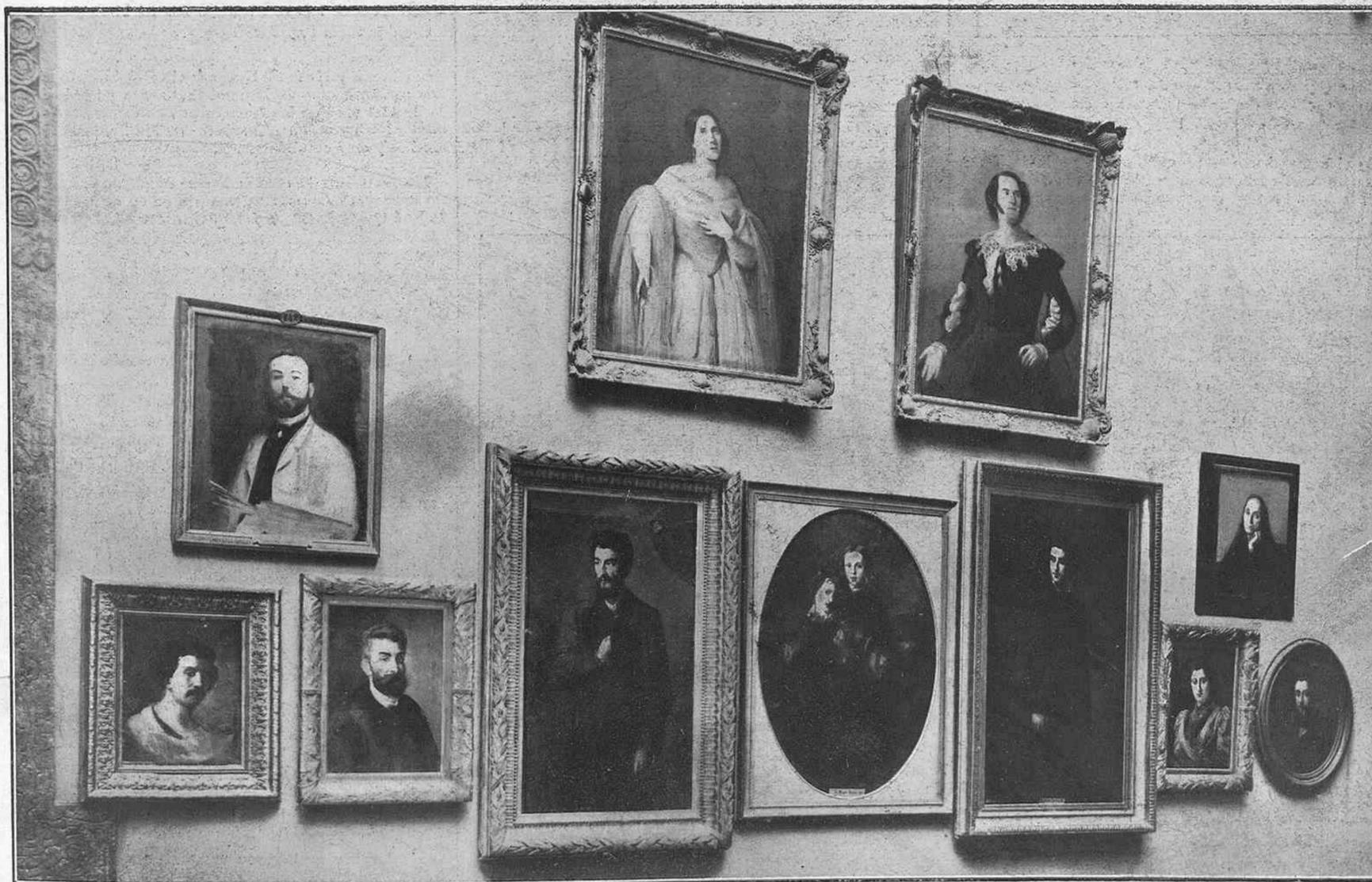
Sala 10.^a Siglo XIX.—Mención especial merecen también el retrato de Mad. G., por Baschet; el del luchador Marseille, por Beaury-Saurel; el de Mad. H., por el barón Gerard; otro del comandante Heriot, también obra de Roybert; el del barón de l'Espine, por Tarsaert; el de un pintor desconocido y el de una señora, por Courbet; el autorretrato de Zorn; los de Lady Majorie, de los Sres. Montgomery y José M.^a Sert, todos ellos pintados por Blanche; el del doctor L., por Delasalle, y el de una señora, por Laszlo, constituyendo todos ellos una interesantísima agrupación, en la que se hallan representadas las diversas tendencias de la pintura francesa moderna.

BARCELONA.—EXPOSICIÓN DE RETRATOS Y DIBUJOS ANTIGUOS Y MODERNOS

(De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)



Sala 11.^a Siglo XIX. — Dignos de atención son los retratos que contiene esta sala, obra de autores meritísimos. Así vemos que el retrato de Palafox, el caudillo de Zaragoza, ostenta la firma de Unceta; el de Alfonso el Batallador, la de Pradilla; el de Teodoro Baró, la de Martínez Cubells; el de Clemente Palau, la de Clavé; el del célebre pintor valenciano Juan de Juanes, la de Ferrándiz; el de la primera marquesa de Comillas, la de Sánchez; el de Josefa Vila, la de Fluixench, y otros las de Mercadé, Pla, Madrazo, Villegas, Rosales, Domingo, Garnelo, Luna, etc.



Sala 11.^a Siglo XIX. — De Martí y Alsina figuran varias producciones que ofrecen el doble interés de corresponder á diversos períodos de su producción artística; en primer término su autorretrato, pintado en 1860; dos del que fué querido compañero nuestro Luis Pellicer; el de los hijos del artista Ricardo y Anita, y el de Adolfo Brugada. Figura asimismo en esta sala el autorretrato de Luis Franco; el de José Pizcueta, por Cebrián Mezquita; el del actor Rubini, por Esquivel, y el de la señora madre de Juan Gil Gárate, pintado por su hijo.

LA CATÁSTROFE DE VILLEPREUX

En la pequeña estación de Villepreux, distante pocos kilómetros de Versalles, en la línea férrea del Oeste-Estado, produjo en la tarde del 18 del actual un choque de trenes del que han resultado numerosas víctimas.

El tren que había salido á las cuatro y veinte de la estación de Montparnase (París) y que iba enteramente lleno, hubo de detenerse, á los tres cuartos de hora, en Villepreux, por haber



Monumento á Moreno, obra de Miguel Blay, ejecutada en Barcelona en los talleres de Federico Bechini y fundida en los talleres de Manuel Morales. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

observado el maquinista una pequeña avería en la máquina. Mientras se procedía á la reparación, la mayoría de los pasajeros abandonaron los vagones, circunstancia feliz que impidió

En esto, el expreso de Granville, salido de París á las cinco y cuarto y de Versalles á las seis menos cuarto, que había de encontrar la vía libre hasta Dreux, llegó á una velocidad de 102 kilómetros por hora tropezando con el que en Villepreux estaba detenido.

El choque fué espantoso: diez vagones fueron arrojados fuera de los rieles; la locomotora y el tender del expreso quedaron volcados sobre la vía y los carbones encendidos y el petróleo del depósito del vagón-restaurán prendieron fuego á los coches, convirtiéndolos, en pocos minutos, en una inmensa hoguera.

El personal de la estación y los viajeros que habían permanecido en el andén esforzaronse en organizar los primeros socorros, procurando retirar los heridos y evitar que las llamas se comunicasen á los demás vagones, tarea difícil por la falta de agua en primer lugar, y luego porque la estación está bastante aislada y porque la máquina, al volcar había destruído la instalación del telégrafo y los postes telegráficos.

No tardaron, sin embargo, en llegar los bomberos de Villepreux y otras gentes de aquellos lugares, avisados por los viajeros que, locos de terror, habían huído á campo traviesa, esforzándose todos por atacar el incendio que sin cesar aumentaba. A pesar de las grandes dificultades que había que vencer, pudieron retirarse seis cadáveres y numerosos heridos. Poco después llegaron los bomberos de Versalles y más tarde dos trenes de socorro de París, pudiendo entonces realizarse con más facilidad los trabajos de salvamento.

El número total de cadáveres, ó mejor dicho restos de cadáveres muchos de ellos informes, retirados de entre los escombros, es de diez y ocho; el de heridos calculase en veinticinco, varios graves de los cuales dos murieron á poco de haber sido recogidos.

Los restos de las víctimas fueron depositados en la sala de la estación, convertida en cámara ardiente; allí han ido á reconocerlos sus deudos, desarrollándose con este motivo escenas desgarradoras.

De la información practicada parece resultar culpable de la catástrofe el maquinista del expreso que, deseoso de recuperar unos minutos de retraso, perdidos en Versalles en la carga de varios bultos, lanzó el tren á la indicada velocidad de 102 kilómetros y no vió, al pasar, las señales de estar ocupada la vía, que oportunamente había hecho funcionar el jefe de la estación de Villepreux, porque en aquel momento estaba arreglando el nivel de agua de la máquina que se había descompuesto.

MONUMENTO QUE LA COLECTIVIDAD

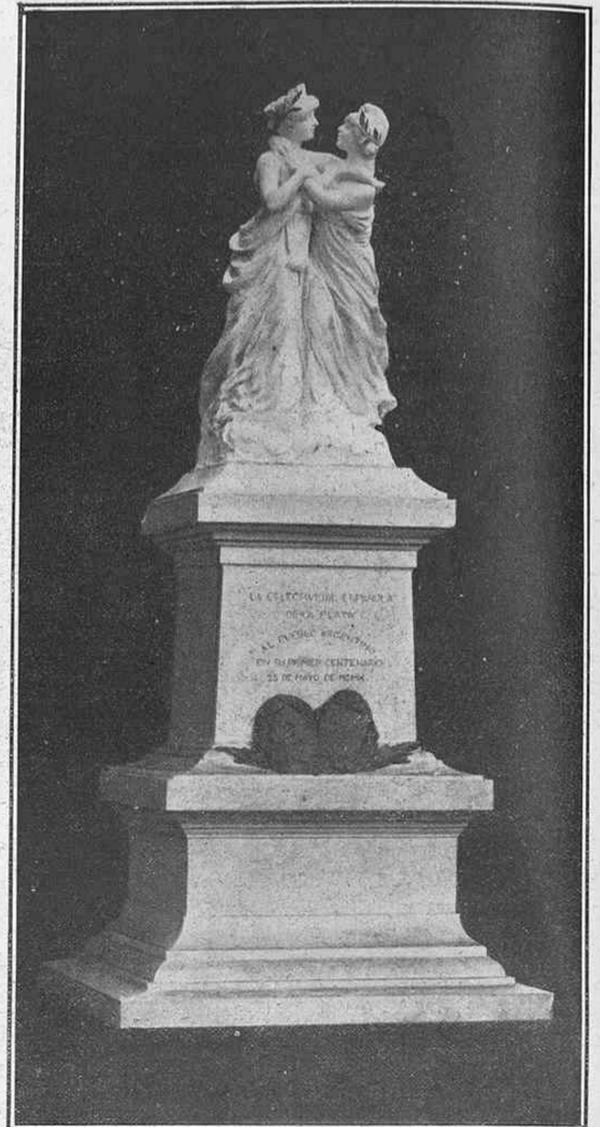
ESPAÑOLA DE LA PLATA OFRECE AL PUEBLO ARGENTINO

Activa parte han tomado nuestros compatriotas residentes en la Argentina, en las fiestas conmemorativas del Centenario de la Independencia de aquel pueblo hermano nuestro. A artistas tan meritorios como lo es el laureado escultor Félix Pardo de Tavera se les ha confiado la ejecución de obras que perpetúen el lazo de unión, que simboliza el afecto de la antigua metrópoli á una de sus hijas predilectas. De ahí que en el monumento que la colectividad española de La Plata dedica al pueblo argentino, ha representado el artista á España y á la Argentina, exteriorizando sus afectos por medio de un estrecho abrazo. El día 22 de mayo próximo pasado fué colocada solemnemente la primera piedra de tan interesante monumento.

Réstanos agregar que el hermoso busto en bronce del general San Martín, que reprodujimos recientemente, figura ya en el Gran Salón de actos del Palacio Presidencial.

Espectáculos. — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito en el teatro de Novedades: *Amores y amorfios*, comedia en cuatro actos de los hermanos Alvarez Quintero, y *Mi papá*, comedia en tres actos de los Sres. Arniches y García Alvarez.

modernos, se ha dado un gran festival bajo la dirección del maestro Nicolau. El «Orfeo Catalá» y el «Eco de Catalunya», dirigidos respectivamente por los maestros Millet y Comella, una nutrida orquesta y los órganos ejecutaron el *Salmo CL* de



Monumento que la colectividad española de la Plata ha dedicado al pueblo argentino con motivo del Centenario de la Independencia. Obra de Félix Pardo de Tavera.

César Frank y *Gaia* de Gounod; el «Orfeo Catalá» cantó varias composiciones de Morera, Jannequin y Pérez y el maestro Daniel tocó en los órganos la *Fantasia y fuga en sol menor* de Bach y la *Marcha solemne* de Mailly. Para todos hubo muchos y muy entusiastas aplausos.

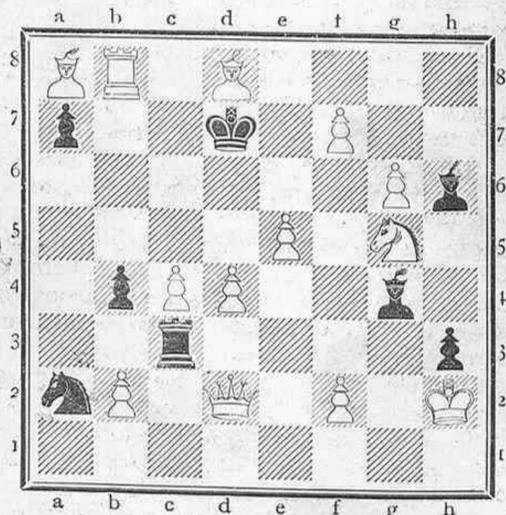
MADRID. — Se ha estrenado con excelente éxito en el Teatro Benavente *La cigarra*, zarzuela en un acto y tres cuadros de José Quilis Pastor, música del maestro Contreras.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 545, POR V. MARÍN

1.º premio del Concurso de la revista *Skakblaðet*

NEGRAS (8 piezas)

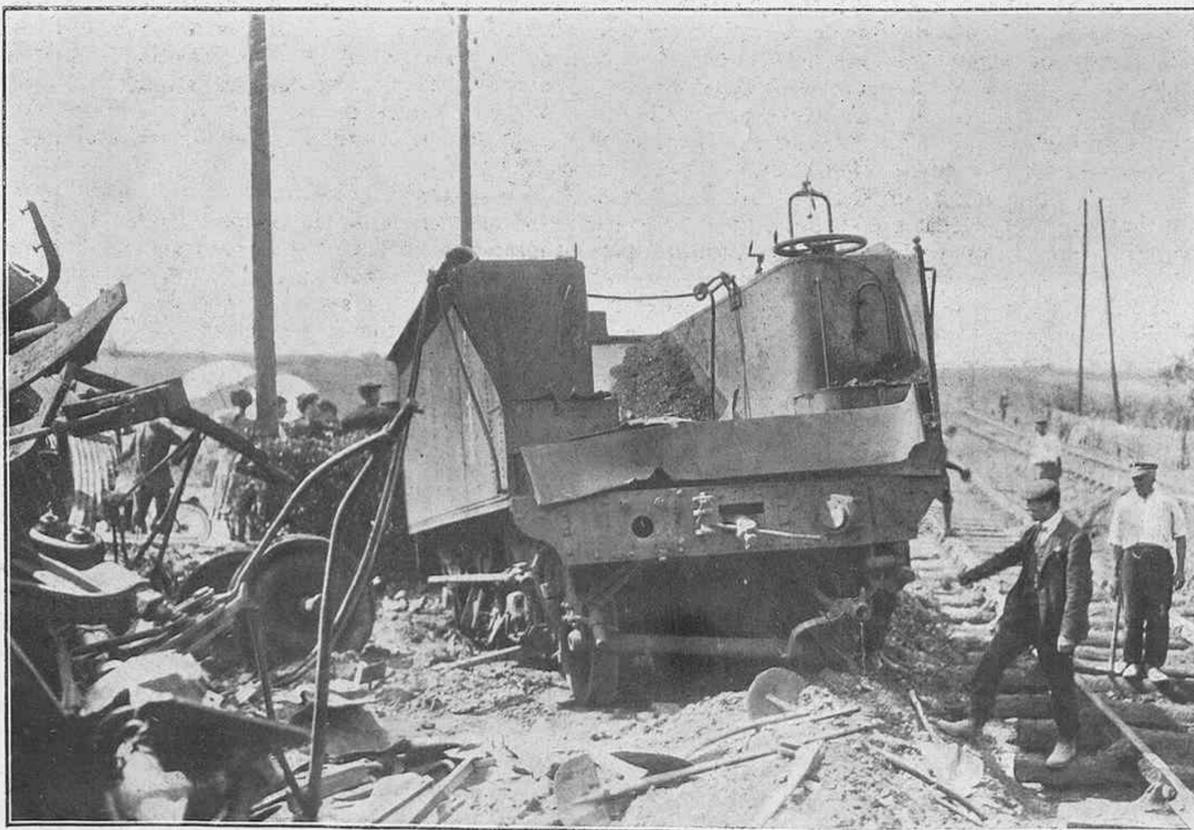


BLANCAS (13 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 544, POR V. MARÍN

- | | |
|-----------------|-------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Rf2-f1 | 1. P juega. |
| 2. e5-e6 | 2. P juega. |
| 3. e6-e7 | 3. P juega. |
| 4. e7-e8 (c) | 4. P juega. |
| 5. Ce8-c7 mate. | |



La catástrofe ferroviaria de Villepreux.—Aspecto del sitio de la catástrofe poco después de ocurrida ésta. (De fotografía de World's Graphic Press.)

que la catástrofe que poco después había de producirse alcanzase proporciones enormes.

En el Palacio de Bellas Artes, en donde actualmente se celebra la notable Exposición de Retratos y Dibujos antiguos y

MINNIE (I), NOVELA ORIGINAL DE ANDRÉS LICHTENBERGER

ILUSTRACIONES DE SIMONT (CONTINUACIÓN)

Papá irá á construir puentes sobre ríos de nombres bárbaros. El calor es ya sofocante. ¿Qué va á ser más allá? ¿Cómo van á vivir en medio de tribus semi-

madrina y la señorita Noemia levantan los ojos al cielo para tomarlo por testigo de esa aberración. ¿Qué entiende él de niños, el señor Geoffroy? ¿Si Minnie

El señor diputado (¡con qué sonrisita y con qué tono de burla articula este título!), tuvo que ausentarse ayer por veinticuatro horas. Apenas había puesto los



El comedor ha permanecido triste y silencioso durante veinte años, y he aquí que hoy una vida pueril lo anima.

salvajes? Y mamá añade: «Dentro de unos diez días, será preciso que Minnie venga, porque es necesario que se acostumbre al clima antes del verano. El señor Geoffroy, que se ha prestado á acompañarla, dice que la fecha de la partida le es indiferente. Mauricio se pondrá de acuerdo con él sobre el particular.» Siguen efusivas gracias. Mamá se excusa por la fatiga que ha impuesto á la madrina, espera que Minnie no le habrá dado muchos disgustos y se alegra de aligerarla pronto de esa carga...

En esta carta hay muchas cosas que han disgustado á la madrina. Pero el final simplemente la ha indignado. Ese pobre Mauricio está loco. En tiempos de la madrina, los padres que querían correr aventuras dejaban sus hijas en un convento. Entonces podían hacerse escalar, si les daba la gana. ¡Ahora pretenden asociar una pobre inocente á esa vida de peligros! Es posible que Minnie se hubiese acostumbrado difícilmente á la vida claustral. Pero hubieran encontrado parientes ó amigos á quienes confiarla. La misma madrina, aunque desea descargarse de una responsabilidad demasiado grave, se hubiera encargado de ella. Antes que lanzar esta criatura á un mundo desconocido, ella hubiera aceptado este sacrificio. Y está segura de que la señorita Noemia hubiera aceptado la tarea de secundarla. La señorita Noemia agita enérgicamente varias veces la cabeza de abajo arriba. Ella sería verdaderamente capaz de su abnegación...

La madrina continúa... En vez de eso pretenden hacer ir esta niña á Constantinopla—¡á Constantinopla!,—¿y confiada á quién? Al señor Geoffroy. La

tiene solamente un dolor de vientre, qué hará él? Sin duda hay cierta camarera dejada atrás, que recogerán de paso en Nancy. Pero esa no se cuenta. El responsable de Minnie es el señor Geoffroy. Pues bien, la madrina siente decirlo: unos papás que confían su hija á un Geoffroy, ya están juzgados. ¡Un hombre que ni siquiera sabe sentarse en el centro de una silla! Quizá cree cumplir un deber de amistad. Pues se equivoca. Hay tareas que un hombre se niega á asumir. Pero él, no vacila. Se declara pronto á partir. ¡Pronto á partir! ¡No lo estará nunca, el pobre! ¡Ah! ¡la madrina no le ocultará su manera de pensar! Y decir que quizá ese infeliz acarició un día la loca idea... Los ojos de la anciana se fijan en el retrato de Clara Angélica y sus labios se contraen con una especie de ferocidad. La señorita Noemia puede decir lo que quiera (se guardará bien de abrir la boca): ó ese hombre es un inconsciente ó es un criminal.

Pero, mientras se desarrollan los pensamientos de la madrina, ora sin articularlos, ora en forma de un monólogo puntuado de vagos asentimientos de la señorita Noemia, un incidente inesperado viene á interrumpirlos. Hay en la puerta un choque violento. Se abre, y, en el hueco, se dibuja la faz curtida y bigotuda de Orasia, la cocinera. La madrina se incorpora y palidece. Para que Orasia haya salido de su cocina, es preciso que ocurra algo de una gravedad excepcional. ¿Ardé por ventura la casa?, ¿ó bien degüellan á los curas en la calle? La madrina se halla tan sobrecogida de espanto que balbucea con dificultad: «¿Y bien, Orasia, qué hay?..»

Pero una expresión de alegría salvaje brilla en las facciones macizas de Orasia. Y articula con una voz de triunfo: «¿La señora no sabe la noticia? Esa de arriba ha dejado plantado á su marido.»

«Esa de arriba? ¡Cómo! ¿Esa?.. ¿La Peborde? Orasia contesta afirmativamente y completa sus informes,

pies en la calle cuando la Peborde dió dos días de licencia á la camarera, de la cual no se fiaba, y, media hora después, partió con una maletita en la mano... Cuando la cocinera volvió y vió aquello, se puso furiosa y se marchó por su lado con bastantes cubiertos de plata para indemnizarse de seis mesadas que le debían.

—¡Ah, bonita gente!

La madrina junta las manos... ¿Quién se atrevería á jurar que no haya en un repliegue de su corazón un destello de satisfacción vengadora al ver caer así la mano de Dios sobre aquel hogar culpable? Sea como fuere, lo que en ella domina es el horror de ver manchada con el pecado la casa que ella habita, y una piedad sincera por la miserable que así ha podido faltar á sus deberes más sagrados. Pero levanta la cabeza. La señorita Noemia acaba de preguntar con voz tímida:

—¿Y los niños, qué ha sido de ellos?

Orasia se encoge de hombros con la indiferencia de una campesina por una camada de gatos. Pero no tiene tiempo de contestar. El ruido de voces ha distraído á Minnie de su carta y lo ha oído todo. Y he aquí que aparece en la puerta, con el rostro descompuesto, y murmura con voz temblorosa:

—¡Oh!, madrina, madrina...

La madrina calla un instante. Mira á Minnie tan sana, tan bonita, tan recta, y piensa en los pequeños de arriba, débiles y enfermizos, apenas educados, entre un padre sin religión y una madre sin decoro, y que se han quedado solos, abandonados, en las tinieblas y el frío. ¿Qué pasará en sus pobres almas trastornadas?.. Como á pesar snyo, sus labios se entrecierran y murmura:

—No podemos dejarlos abandonados...

Ya Minnie ha caído de rodillas á las plantas de la madrina; sus labios tiemblan, todo su ser implora.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

—¡Oh!, madrina, madrina, entonces..., ¿puedo ir á buscarlos?

¿Ir á buscarlos? ¡Oh! ¿No habría medio de arreglarlo de otro modo? Vamos á ver; se les podría subir... Pero Minnie ha tomado la vacilación de la anciana por un asentimiento. Grita con todas sus fuerzas: «¡Oh, gracias, madrina, no sabes lo mucho que te quiero!» Y, saliendo á toda prisa del cuarto, atraviesa el vestíbulo y sube de dos en dos los peldaños de la escalera...

¡Qué hacer!, ¡es demasiado tarde para detenerla! La madrina gira en torno de ella una mirada indecisa. Sus ojos se fijan en el retrato de su tía mayor Eloisa que, bajo el Terror blanco, ocultó en su cuarto á un regicida... La madrina se recoge un instante. Ha comprendido cuál es su deber, y ordena con su voz más inflexible, con aquella voz que da frío hasta en la médula de los huesos del amigo Gouf:

—¡Que preparen inmediatamente en el comedor tres tazas de café con leche y rebanadas de pan con manteca!

Oraasia, subyugada, desaparece. Con la cabeza trastornada en medio de tales acontecimientos, la señorita Noemia va dando vueltas á derecha é izquierda, sin saber lo que se hace...

Llegará el día en que Max Peborde, si su cuerpo endeble consiente en vivir, será un hombre; entonces muchos recuerdos de su infancia abandonada y melancólica se esfumarán bajo la pátina del tiempo, cesarán de hacerle daño, no suscitarán ya en él sino una semisonrisa de indulgencia ó de compasión. Pero la noche pasada no revivirá en su memoria sin sentir en su corazón una mordedura fría y atroz y sin que el sufrimiento le haga cerrar los párpados.

Al volver de paseo con Sofia, Lulú y la cocinera, encontró ayer tarde sobre su mesa de escribir una carta á su nombre. En seguida reconoció la letra de su madre. Leyó y volvió á leer el escrito. La señora de Peborde partía de viaje, pero sin duda volvería pronto. Su querido Max había de pensar siempre en ella, y no creer en lo malo que de ella dirían quizá... Le besaba muy cariñosamente, lo mismo que á Lulú y á Sofia.

Max no lo comprendió todo, pero tuvo en seguida la intuición de una desgracia, de una desgracia muy grande. Y empezó á temblar... Sin embargo, no quiso asustar á los demás. Procuró estudiar sus lecciones y hacer sus ejercicios, mientras Sofia y Lulú jugaban á su lado. Pero de repente el nene dijo:

«¡Tengo hambre!»

Notaron que la hora de la merienda había pasado hacía ya tiempo. Pero, á pesar de llamar repetidas veces, nadie contestó: la cocinera había desaparecido á su vez. Lulú empezó á llorar. Era ya entrada la noche. Y Sofia gritaba: «¡Tengo miedo, tengo miedo!» Entonces Max comprendió que necesitaba tener valor por todos. Desplegó toda su energía nerviosa, rió suavemente á sus hermanos y les confortó; mamá vendrá pronto y, en cuanto á la cocinera, ¡cuántas veces no se retrasa! Pero van á tratar de arreglar se. Van á la cocina. Encuentran en el armario un resto de carne, un poco de pan y chocolate. La comida improvisada encanta á Lulú. Sofia también se tranquiliza comiendo. Pero Max apenas puede probar bocado. Terminada la comida, se acurrucan los tres en el diván para esperar á la cocinera. Sofia y Lulú se duermen y Max queda á solas consigo mismo.

Si vive, Max Peborde se preguntará á menudo cómo su corazón no estalló en la angustia de aquella noche. Una tras otra, las horas y las medias horas se suceden en el campanario de Santa Clotilde. ¡Qué quietud! La cocinera no vuelve. Todo ruido se extingue en la calle: apenas, de vez en cuando, el ruido de un carruaje ó la trompeta lúgubre de un automóvil. El frío llega. A Max le castañetean los dientes, pero los aprieta hasta hacerlos rechinar á fin de no prorrumpir de repente en sollozos desesperados. Y sus ideas le dan martillazos en el cerebro. ¿Qué hacer? ¿Qué va á ser de él, abandonado, en aquel París formidable y vacío? Mamá dice que volverá; pero no volverá, no, Max está seguro de ello. Y la cocinera tampoco. ¿Y papá? Dijo que volvería, pero, ¿podrán vivir hasta su regreso? ¿Y si él tampoco vuelve?, si esa especie de vampiro atroz que Max siente cernerse á su alrededor en las tinieblas, hace que él también desaparezca, ¿qué va á ser de ellos? ¿Cómo van á vivir? ¿Habrá que pedir socorro, mendigar?... El orgullo de Max se subleva, y su timidez también... No, no quiere. No podría. ¿Pues entonces?... Y Max no entrevé más que una cosa: quedarse acostados, encogidos, agazapados juntos, muy apretaditos, á fin de tener menos frío y sufrir un poco menos antes de morir... Pero el agotamiento físico puede más que la angustia. Max sucumbe al sueño y escapa á la fiebre cerebral que le golpea las sienas...

Pero ¡qué despertar, cuando un alba pálida aparece en las ventanas y el frío sacude el sueño! Habitualmente, las pesadillas se disipan al amanecer, y ahora la pesadilla revive más abrumadora. Lulú llora y grita diciendo que tiene hambre. Se busca, se registra: los armarios están vacíos. ¿Hay que morir en seguida? No, Max tiene cuartos. Aún puede comprar pan. Va á bajar. A la idea de quedarse sola, Sofia da aullidos espantosos y se agarra á él. Entonces quizá podrían ir todos juntos... Pero de pronto suena un campanillazo. ¿Quién será? ¿Se puede esperar todavía algo, ó es alguna nueva amenaza, un peligro desconocido que surge? Suena otro campanillazo, más recio que el primero. Llamen á la puerta, á golpes redoblados. Y una voz grita: «¡Pero abrid!»

¿Una voz?, ¿qué voz? Lulú ha cesado ya de llorar y grita con todas sus fuerzas: «Minnie, es Minnie, hay que abrir á Minnie.» Se precipitan á la puerta. Las manecitas temblorosas llegan á descender el pestillo de la cerradura. Y aparece Minnie con la cara sonrosada y risueña, aunque un poco emocionada. Sofia y Lulú se echan en sus brazos y se disputan sus caricias. Pero á Max le parece que todo da vueltas en torno suyo con vertiginosa rapidez. Tiene que apoyarse en una silla para no caerse, y oye de lejos la voz asustada de Minnie que le dice: «¿Max, Max, qué tienes?»

Nada, no es nada, ya pasó. Un ligero vértigo solamente. Pero Lulú gime con un gran suspiro: «¡Oh, Minnie, si supieses qué hambre tengo!» Entonces Minnie palmotea y se echa á reír: «¡Démonos prisa á bajar. ¡Ya veréis qué bueno es el café con leche de Oraasia!»

Pero Max y Sofia se miran con un aire indeciso. Y Sofia murmura bajando los ojos: «¿Vas á llevarnos á casa de tu madrina?» Minnie se la mira con asombro: «¡Naturalmente!, ¿dónde quieres que sea?» Los ojos de Sofia esperan la decisión de Max. La pequeña Peborde tiene un miedo embarazoso de comparecer ante la vieja con la cual amenazaba antes á Lulú cuando era malo, aquella que mamá llamaba, según su humor, la vieja beata, la bruja de mal agüero ó la arpía clerical. Y Max vacila también, pero por otras razones. Sufre en su orgullo. Tiene la intuición de los odios políticos. Aceptar los ofrecimientos de Minnie, es una capitulación. Esa anciana es el enemigo contra quien se baten. Le duele presentarse como vencido, como un mendigo, él, el hijo de los campeones de la otra causa. Y el mismo Lulú, con un dedo en la boca, masculla con un aire inquieto: «¿No es mala, tu madrina?»

«¡Mala? Minnie se ríe de nuevo: «¡Vamos, vamos, aprisa!» Lulú se muere de hambre. Desde el momento que Minnie se ríe, no hay peligro. Le coge la mano y corre tras ella repitiendo convencido: «¡Aprisa, aprisa!» Max y Sofia siguen cabizbajos.

Inmóvil en el comedor, la madrina pasa revista á los preparativos. Allí están las rebanadas de pan con manteca. Una cafetera y un gran tarro de leche humean en el centro de la mesa. Repetidas veces, la madrina procede maquinalmente á su examen. Se encuentra verdaderamente trastornada. Reconoce ahora que cedió demasiado pronto á Minnie. Hubiera bastado subirles el desayuno. Le faltó presencia de espíritu y agravó la situación. Mientras coman, ella escribirá cuatro líneas al señor cura párroco, que avisará al señor de Freuil, compañero del doctor Peborde en la Cámara...

Pero resuenan en el vestíbulo los menudos pasos de los cuatro niños, y se oye la voz de Minnie. La puerta se abre. Max y Sofia entran delante, empujados por Minnie que les sigue con Lulú. Hay un instante de silencio. Ante la anciana, alta, flaca, de rostro severo, con los labios pegados, los pequeños Peborde permanecen inmóviles, petrificados, consternados; adivinan en ella al enemigo, y, á pesar del olor apetitoso del café con leche, quisieran huir. Y la madrina calla.

Bruscamente su hogar, el hogar que vio nacer y morir á Clara Angélica, le parece profanado por la presencia de aquellos niños no bautizados. Su solo aspecto denuncia el peso que sobre ellos gravita. El color amarillento de Max, su rostro alterado por el insomnio y la angustia, son inquietantes. Sofia, desgreñada, con el talle achaparrado y las ropas estrujadas, es lamentable. Lulú, asustado en presencia de la vieja, con la cual tantas veces le amenazaron, se cubre el rostro con sus manecitas sucias. La misma Minnie, desconcertada por el encogimiento y la incomodidad que siente á su alrededor, no encuentra las palabras que necesitaría y permanece muda por primera vez en su vida...

Pero el silencio no puede prolongarse. La madrina hace un esfuerzo... Sin embargo, en el momento de ir á hablar, se detiene sorprendida. Lulú ha osado mirar á la anciana por entre sus dedos y en su

cabecita se alza un recuerdo confuso. No es la primera vez que ve una gorra de encaje como aquella y una señora de cabellos blancos. Hace ya tiempo de eso, en un rincón de provincias... Había un rayo de sol, y se sentía también olor de café con leche. Tenía él un poco de miedo, como ahora... Pero le empujaron hacia ella diciéndole que la llamase, que la llamase... ¡Ah!, sí...

Con una sonrisa vacilante que implora, Lulú se acerca á la anciana y en voz baja algo temblorosa, que parece una súplica, balbucea: «¡Abuelita!.. ¡buenos días, abuelita!»

Antes de comprender cómo ha pasado, la madrina ha recibido en sus brazos y estrechado contra su pecho al pequeño francmasón de mofletes no muy limpios...

En el severo comedor sólo se oyen masticaciones y choques de cucharas en las tazas. Rápidamente lavados y peinados, los pequeños hambrientos devoran las rebanadas de pan y el café con leche. Y la madrina contempla la extraña familia que le ha salido sin buscarla. Se agolpan á su mente una multitud de pensamientos, de los que nacen del fondo del ser, de esa base que sólo conmueven los grandes cataclismos... Quizá desde la muerte de Clara Angélica, la buena señora no ha experimentado tan violentas sacudidas. Su vieja alma tan sólidamente fundida, colada en el molde de tantas generaciones, siente una perturbación extraña no exenta de angustia, ni de dulzura tampoco. Todas aquellas cabezas infantiles reunidas en torno de la antigua mesa de nogal parecen un sueño, el que ella acarició un tiempo cuando cosía el ajuar de novia de Clara Angélica y se figuraba la alegre prole que animaría un día la vieja morada ¡Cuántas veces ha recordado con amargura aquella loca esperanza!.. El comedor ha permanecido triste y silencioso durante veinte años. Y he aquí que hoy una vida pueril lo anima. Cabelleras rizadas se agitan en él. Voces argentinas lo llenan. Sonoras cargadas hacen vibrar el ambiente. Pero no son los hijos de Clara Angélica. Son los del doctor francmasón y de la andorrera que la Iglesia no reconoce siquiera como su esposa. Son los pequeños Peborde...

Pues bien, sí, son los pequeños Peborde. Pero, quizá sin confesárselo á sí misma, la madrina ya no les puede considerar como les miraba antes, como quizá debiera hacer aún. Desde que los lavaron y peinaron y desde que sus mejillas se han sonrosado un poco, no parecen los mismos. Hasta la triste Sofia tiene un encanto algo enfermizo. Ha sido mal educada, y sin embargo, se ocupa amablemente de su hermanito, ayudándole á comer; al verla, quisieramos tranquilizar sus ojos inquietos y ver sonreír su boca crispada. ¿Y Max? ¿A quién no inspirarían simpático interés su fisonomía móvil y fina, sus grandes ojos dulces y melancólicos? Hace poco se fijaron en la madrina. O ella no lo entiende, ó aquellos ojos revelan valor y franqueza. ¡Y qué esfuerzos hace el pobre muchacho para que nadie pueda sospechar la triste situación que abrió un doble surco en sus descarnadas mejillas!.. Y Lulú es una monada. Si Clara Angélica hubiera tenido un nene, no hubiese podido ser el suyo más adorable que éste. Su hermosa cabeza rizada y sus mejillas de grñón reclaman el beso. Ha llamado abuelita á la madrina, como nadie la llamó nunca, como la llamarían los hijos de Clara Angélica... ¡Oh, qué de pensamientos dulces, amargos, íntimos, indecibles, pasan por la vieja alma de la madrina! Ella no dice casi nada, absorbe en ese tumulto interior. La señorita Noemia la contempla á hurtadillas, desconcertada por tantos acontecimientos, llena del deseo de hacer bien, pero esperando las órdenes de la que es su verdad y su voluntad y que la tiene ahora casi asustada con su silencio...

Y Minnie, ya del todo tranquila, es el rayo bienhechor que acaba de disipar las brumas. A su lado, Lulú ríe y charla en voz alta. Sofia se atreve á contestarle á media voz. Y he aquí que Bobby toma cartas en el asunto: al verle en equilibrio sobre las patas traseras, con un terrón de azúcar sobre la nariz, el mismo Max no puede menos de dejar ver una pálida sonrisa... Luego Minnie se llevará sus amigos á su cuarto y les enseñará su museo.

Pero, al levantarse de la mesa, Max se acerca á la madrina que le mira, no sabiendo lo que le quiere decir. Abre el chico la boca, pero la voz le falta... Mas su voluntad vence á su timidez. Muy cortésmente, sin que sus labios tiemblen mucho, da las gracias á la madrina por haberle convidado. Ha habido sin duda una mala inteligencia entre sus padres. Su madre partió creyendo que su padre estaría de regreso. Ha sido la ausencia de la cocinera la que todo lo ha enredado... Pero papá volverá hoy. Van á subir á esperar.

¡Excelente muchacho! ¡Cómo se esfuerza en disimular el desorden de la casa paterna, ocultar el des-

honor que presente, salvar las apariencias ante los extraños! ¡Y qué sufrimiento, demasiado duro para su edad, bajo la pobre máscara con que trata de cubrir su pálido rostro! La madrina comprende, vivamente impresionada, todo lo que hay de noble y delicado en aquel niño. Y le contesta gravemente como si hablase á un hombre:

—Señor Max, le doy á usted las gracias por haber aceptado la invitación de Minnie. Escuche usted el consejo de una anciana. Es mejor que no esperen ustedes á su padre en una habitación desierta y fría. Quédense aquí unas horas. Estoy segura de que él les aconsejaría lo mismo.

Max balbucea algo para dar las gracias, pero la mirada que dirige á la madrina es más elocuente que sus palabras. Ella se vuelve para no ver las lágrimas que, á pesar de todo su valor, no puede ya contener. Y, mientras Minnie conduce sus amigos á su cuarto de jugar, la buena señora llama á la señorita Noemia y con un tono áspero la incita á dar nuevas órdenes para el mediodía, porque los pequeños Peborde almorzarán en casa. La mirada de la señora tiene un destello de desafío; acecha un asombro posible ó una observación, dispuesta á pulverizar á la indiscreta. Pero la señorita Noemia recibe sus instrucciones con la sonrisa en los labios. Entonces la madrina con más suavidad, le comenta las circunstancias. Enviar esos niños á su soledad sería inhumano. Hacer avisar á un colega del diputado, como ella había pensado, sería propalar el escándalo. El señor Peborde regresará esta tarde. Hasta entonces le guardarán su progenie. Se la llevará luego y punto concluido. La anciana termina con un suspiro: «Volveremos á la vida regular.»

Así liquidado el incidente, la madrina se instala, como de costumbre, en su sillón y, á la vista de sus antepasados, reanuda su labor de malla, mientras medita sobre los caprichos del destino. Las voces de los niños y sus carcajadas, llegan hasta ella por la puerta abierta. Esto tiene casi un aire de profanación en la antigua morada obscura y tranquila como un santuario. Pero la madrina no tiene remordimientos. Desconcertóse un momento. Ahora comprende el sentido del decreto de la Providencia. La casa de la iniquidad ha sido duramente castigada. Y, en su desgracia, el réprobo no habrá encontrado socorro y compasión sino en casa de los perseguidos por la rabia ciega de sus congéneres. La madrina ha sido elegida para demostrar lo que es una cristiana y completar la lección del Altísimo. Se ha calmado el trastorno que la agitó al principio. En el alivio que experimenta, ve la señal de la aprobación divina. Satisfecha de colaborar con Dios, se siente alegre. Se regocija de la alegría de Minnie y quizá también de que hace un rato haya habido, por primera vez, una gran reunión de niños bulliciosos á la mesa, en el viejo comedor... Añadiendo malla sobre malla, la madrina presta oído á los juegos. Los minutos transcurren tranquilamente. Clara Angélica sonríe en su cuadro. Pero la puerta se abre. Melania asoma una cabeza azorada y anuncia:

—El señor Peborde.

¡El señor Peborde! El enemigo. Del mismo modo que, al llamamiento á las armas, el soldado coge su fusil; del mismo modo que, al toque de fuego, los bomberos corren á su bomba, la madrina se incorpora en su sillón y toma sus posiciones de combate. Con una mirada circular se cerciora de que todo está dispuesto. Los retratos aparecen rígidos en sus marcos. El crucifijo de marfil brilla al lado de la chimenea. El periódico *La Croix* se halla en evidencia sobre el velador. La madrina lo despliega un poco para que se vea bien el título. Ordena á Melania que cierre la puerta que conduce al cuarto de jugar y, altiva, impasible, manda:

—¡Hágale usted pasar!

El señor Peborde, diputado radical socialista del Alto Ariege, va á pasar los umbrales de la madrina, hermana de Zuavo pontificio. Y las paredes no se derrumban, y los retratos indignados no se vuelven de cara á la pared, y, en su cruz de marfil, la cabeza inclinada de Cristo sigue sonriendo melancólicamente...

En el hueco de la puerta se dibuja una silueta maciza. La sangre de la madrina le refluye al corazón. ¡Aquí está el expoliador de la Iglesia, el perseguidor de la fe, el proscriptor de los curas y de las monjas! Todos los odios seculares reviven en la madrina.

Tiene en los labios palabras glaciales ó aceradas para marcar en seguida las distancias. Pero se queda sin voz ante el hombre gordo que, con las facciones descompuestas, los ojos hinchados y los labios trémulos, se halla en pie delante de ella, da vueltas entre sus manos á su sombrero de fieltro, y murmura, con su vago acento gascón, sin llegar á dominar la emoción que le forma un nudo en la garganta:

—He venido, señora, he venido...

Es el diputado Peborde... Sin duda; pero es también un pobre hombre que hace un momento ha vuelto de viaje, cansado y aterido, pero de antemano tan contento de volverse á encontrar al lado de su mujer y de sus hijos que adora, en el rincón familiar, dulce refugio contra las miserias y desengaños de la vida... Ha llegado y ha encontrado la casa desierta; su mujer ha huido Dios sabe dónde; los hijos han desaparecido, y en el hogar vacío sólo quedaban la vergüenza y la desesperación...

El diputado Peborde... Varias veces, en la escalera, la madrina ha debido entreverlo, y adivinó una fisonomía de sectario hirsuto y salvaje. Pues bien, no; no es así. Con sus ojos salientes y soñadores, con sus cabellos rizados demasiado largos y su barba castaña en torno de una boca pueril, parece más bien un artista algo bohemio y sin embargo muy burgués, y sobre todo muy bonachón y muy inofensivo...

Sigue dando vueltas á su sombrero entre los dedos. ¡Ah! Bueno está él para reparar en el crucifijo colgado de la pared ó en el número de *La Croix* agresivamente desdoblado. Apenas si ve á la madrina. ¿Y se acuerda por ventura de todo lo que les separa? En la catástrofe en que se hunde su hogar, su alma aparece desnuda... Del tribuno enfático y pomposo, mediocre acumulador de nubes de las cuales él mismo es juguete, en parte al menos, listo y cándido á la vez, idealista inconsistente y maniobrista artero, tan inconsciente como astuto, ¿qué queda? Un pobre ser desamparado, sin energía y sin voluntad, desconcertado y débil ante la desgracia, con el corazón herido en lo vivo y palpitante. Y procurando adoptar un aire de circunstancia, sigue tan sólo murmurando con un tono uniforme:

—Señora, he venido..., he venido...

En presencia de tan mísero abatimiento, la madrina se siente desarmada.

Dios se ha encargado de castigar á este hombre... Ella no debe añadir nada á su pena. Con la mano invita al señor Peborde á que tome asiento y le dice sencillamente:

—Habiendo sabido la mala inteligencia de que sus hijos de usted eran víctimas, creí deber acceder á los deseos de la hija de mi ahijado y ofrecerles por algunas horas mi hospitalidad.

El señor Peborde aprueba con la cabeza. Quisiera dar las gracias, pero aún no es dueño de su voz. Y al mismo tiempo sus ojos buscan en torno del salón. La madrina ha comprendido.

—Están ahí al lado. ¿Quiere usted verlos?

El hombre hace un gesto precipitado de asentimiento, y la anciana llama:

—¡Señorita Noemia!

La señorita Noemia aparece. En el tumulto de acontecimientos que se suceden, ya nada hay que pueda sorprenderla, y soporta sin estremecimiento alguno el fantástico espectáculo del señor Peborde abatido en un sillón delante del retrato de Clara Angélica.

—Haga usted el favor de traer á los niños...

La señorita Noemia saluda y desaparece. Oyese detrás de la puerta ruido de voces. La de Lulú grita más alto que las otras: «¡Papá!»

Surge el primero y se echa en los brazos del diputado. Max y Sofía se precipitan tras él. Esta vez el señor Peborde no puede dominar su emoción. Una mueca tuerce su faz barbuda. Hace seña de pedir perdón á la madrina, de suplicarle que dispense aquella puerilidad, pero las fuerzas le faltan... En el salón ajeno, ante la vista melancólica del Cristo que ha hecho proscribir, prorrumpe en grandes sollozos que desgarran su pecho de hombre y las lágrimas ruedan por sus mejillas y hasta por su larga y espesa barba... La madrina se esquila para dar una orden. Un corazón en que subsiste el amor paterno no es completamente malo.

Cuando vuelve, encuentra al señor Peborde calmado. Él se levanta, va al encuentro de la señora y con voz firme le expresa su gratitud. Se excusa con una humilde sonrisa de un momento de debilidad: la fatiga, el viaje, la sorpresa, la emoción... Pero ya pasó. No le queda más que retirarse reiterando las gracias. Quisiera probar su agradecimiento de una manera particular. Porque no ignora que la madrina, para acoger en su hogar á unos niños educados en ideas tan diferentes de las suyas, ha debido violentar sentimientos respetables, infinitamente respetables... Se siente profundamente conmovido, mucho más de lo que puede expresar. A cada instante, una grande emoción hace temblar sus mejillas. La madrina le detiene antes de que estalle de nuevo. Hay circunstancias—el señor Peborde no lo desmentirá, de seguro,—en que los hombres deben recordar ante todo que son hermanos. Obrando como ella ha hecho, la madrina ha aplicado solamente uno de los

principios elementales del cristianismo... El señor Peborde aprueba con aire conmovido. En todas las religiones y en todas las filosofías, hay almas generosas cuya conciencia les habla del mismo modo..., y hay también criaturas sin fe y sin pudor... Pero el señor Peborde abrevia para decir á Max y á Sofía:

—Despedidos de la señora y dadle las gracias.

—¡Oh!, dice Minnie, en quien no pensaban; el almuerzo está servido.

Hay un segundo de perplejidad. Pero la madrina ha tomado ya su resolución y de un gesto retiene al señor Peborde; no pretende llevarse á los niños en ayunas. El señor Peborde trata de adoptar un aire tranquilo. Su amigo y colega, Bouffard, de las Bocas del Aude, los recibirá con el mayor gusto, á menos que, por casualidad, se encuentre en su distrito... Pero hay un restaurán allí cerca. La madrina le interrumpe:

—Caballero, sus hijos no le esperaban hasta la tarde. Sus cubiertos están puestos. Sírvese usted almorzar con nosotros.

El señor Peborde vacila. Pero Minnie insiste, con zalamería:

—¡Oh, sí, señor Peborde!

Él la mira un poco indeciso. Es ella la que ha salvado á sus hijitos del abandono. En torno de él, todos los ojos suplican. Por cima de las filosofías y de los amores propios, hay esta regla: no hagáis ningún mal inútil. A sus hijos sin madre, el señor Peborde no puede negarles la familia de un día que los ha acogido. Así es que dice sencillamente:

—En verdad, señora, acepto.

La madrina ordena que pongan otro cubierto. Después de tantos prodigios, ¡qué importa un paso más en la extravagancia!.. Por otra parte, la buena señora siente en el fondo una pícará satisfacción. Es viernes, y el señor Peborde comerá de vigilia.

Melania anuncia:

—Señora, cuando usted guste; el almuerzo está en la mesa.

Pasan al comedor. En alta voz y en medio del silencio de los Peborde respetuosos, la madrina pronuncia el *benedicite*; después de lo cual toman asiento. Quizá, á pesar del ruido de los tenedores, reinaría un poco de encogimiento. Pero Minnie está allí para disiparlo.

¿Qué adivina del drama que ha pasado, de los conflictos de conciencia que se agitan á su alrededor? Poca cosa ó nada absolutamente. Pero su instinto le dice que hoy, á pesar de haber convidados, es día de charlar más que nunca. Se halla rodeada de sus amigos. El misterioso señor Peborde está allí también. Ni la madrina ni la señorita Noemia tienen aire regañón. Se puede dar suelta á la lengua, y así lo hace Minnie. Nunca ha mostrado una alegría más chispeante. Lulú, á su lado, no hace más que comer. De un extremo á otro de la mesa, ella interpela á Max y obliga á Sofía á que repita de la tortilla. Bobby y el sapo gigantesco, y los juegos de la mañana, y los proyectos de la tarde desfilan en su charla. No hay más remedio que contestarle; dos ó tres veces el mismo señor Peborde deja asomar una sonrisa. Y al abandonar la mesa, ella le interpela directamente:

—Usted no sabe lo monísimo que ha estado Lulú. Llamó abuelita á la madrina.

Los ojos del señor Peborde se humedecen de nuevo. Pero la crisis ha pasado y sabrá sufrir. Con voz tranquila, explica el error del niño. Allá, en su pueblo, vive todavía la madre del diputado. Adora á los niños que la adoran á ella. Pero hace mucho tiempo que ellos no la han visto. A la edad de Lulú, se olvida pronto, y se confunde... Y el señor Peborde piensa sin duda que va á ser necesario que la pobre abuela recoja á los huérfanos... Pero no es hora de entregarse á estos pensamientos. Con voz festiva interroga á Minnie: ¿no ha estado nunca en el Alto Ariege?

No, Minnie no ha estado nunca. Pero la madrina lo conoce, y evoca el recuerdo de aquel hermoso país. Al principio de su matrimonio, pasó algún tiempo en el pueblo de Monistruc, que es la cabeza del mayor de los cantones de la circunscripción electoral del señor Peborde. Vivía en una posada á la orilla del río.

—¡Las Tres Espigas!

¡La posada aún existe! ¿Y sigue al frente la señora Cazenave? Sí, pero hace veinte años que es viuda. De pronto, el señor Peborde ve sobre el piano un daguerrotipo que representa á la madrina en traje de boda con un caballero de patillas al lado. Si no se engaña, en el cuarto de la señora Cazenave, á la cual ha asistido como médico, ha visto aquella fotografía. La madrina se pone colorada, emocionada vivamente, y afirma con la cabeza.

(Se continuará.)

ACTUALIDADES PARISIENSES.—EL MONUMENTO Á LA CONDESA DE SEGUR.—LA FIESTA DE LAS FLORES



París. Inauguración del monumento á la condesa de Segur.—Grupo de niños depositando ramos de flores al pie del monumento. — El monumento, obra de Juan Boucher. (De fotografías de Carlos Trampus.)

El día 19 de los corrientes inauguróse el monumento dedicado á la condesa de Segur, á la autora de tantos libros que han hecho las delicias de varias generaciones infantiles y cuyo carácter sintetizan admirablemente las siguientes palabras que en el acto de la inauguración pronunció el presidente de la fiesta, Sr. Mezieres:

«Podemos decir sin exageración que, desde hace medio siglo, no encontraríamos en Francia ningún niño, ninguna niña, que sepan leer que no deban á la señora de Segur algunas horas de sana alegría. También le deben algo las madres, las cuales, leyendo de nuevo los libros de sus hijos vuelven á ver en ellos personajes que les son familiares y á los que sonríen, como se sonríe á antiguos y amables conocidos.»

El monumento se levanta en el jardín de Luxemburgo y consiste en un pedestal de piedra coronado por el busto en mármol de la celebrada escritora esculpido por Boucher, quien no sólo ha reproducido admirablemente los rasgos fisonómicos de la condesa sino que ha sabido imprimir en su rostro la bondad, la dulzura, la afabilidad que caracterizaban á la autora de *La posada del Angel de la Guarda*, *Las desventuras de Sofia*, *Memorias de un asno*, *El Evangelio de una abuela* y de tantos otros libros que si revelan una inteligencia privilegiada, descubren también algo que vale tanto ó más que ésta, un corazón sano, abierto á los más tiernos y elevados sentimientos.

El acto fué presidido, como hemos dicho, por el

Sr. Mezieres, á quien acompañaban los ilustres literatos Julio Lemaitre, Juan Richepin y Marcelo Prevost y los descendientes de la condesa de Segur.

Mezieres, en nombre del comité del monumento hizo entrega de éste á los representantes del Senado haciendo constar el carácter familiar de la fiesta que se estaba celebrando, consagrado á una mujer que no buscó el lustre ni la notoriedad y que, pensando únicamente en alegrar á sus nietos, ha realizado una de las obras más bienhechoras del siglo XIX.

de ésta le habían siempre producido. Terminada con estos discursos la ceremonia, celebróse en el mismo jardín del Luxemburgo una deliciosa fiesta infantil por la empresa de los periódicos *La Vie heureuse*, *La Mode pratique* y *La Poupée modéle*, y á la que asistieron millares de niños. Representóse al aire libre una comedia de Brindejont Offenbach, *En el país de la Biblioteca rosa*, cuyos personajes, tomados todos de las obras de la condesa de Segur, fueron admirablemente interpretados por actores tan notables como

Galipaux, Pougod, Chocolat y otros.

Hermoso aspecto ofrecía el paseo de las Acacias del Bosque de Bolonia en la tarde del día 17 de este mes; celebrábase la Fiesta de las Flores, organizada, como todos los años, á beneficio de la institución de las Víctimas del Deber, y millares de coches y automóviles acudieron á aquel ameno sitio ofreciendo un espectáculo tan animado como elegante.

Entre los muchos vehículos artísticamente adornados que tomaron parte en la fiesta, fueron premiados con premios de honor los siguientes: coche de la cantante Cinna Held; victoria automóvil de la señorita Chiquita; victoria automóvil de la señora de Doyen; coche de la señora de Lussac; coche de la señora de Tesch; coche de la señora de Jourdain; victoria de las señoritas de Carón, y *landaulet* de la señorita Soupene.

Después de la distribución de las banderas, efectuóse el desfile de honor de los vehículos premiados que fué brillantísimo.—S.



París. Fiesta de las flores celebrada el día 17 del corriente en el Bosque de Bolonia. Coche de la cantante Cinna Held, que obtuvo un premio de honor. (De fotografía de Royer.)

Julio Lemaitre pronunció un hermoso discurso trazando la figura literaria y moral de la condesa de Segur y explicando el placer que la lectura de las obras



Valencia. Teatro Serrano, inaugurado el día 17 de los corrientes.—Vista de la sala de espectáculos

VALENCIA. — TEATRO SERRANO

El día 17 del actual inauguróse en Valencia el teatro Serrano, nombre que se le ha puesto en honor del celebrado compositor, hijo de aquella ciudad. El nuevo coliseo ha sido construido en la playa y reúne todas las condiciones de capacidad y comodidad deseables; la sala es amplia y está adornada con tanta sencillez como buen gusto; el escenario es espacioso y desde el interior de los palcos se disfruta de una vista deliciosa sobre el mar.

La función inaugural comenzó con un homenaje al maestro Serrano, consistente en un bonito apropósito de Maximiliano Thous, al fral del cual cantóse por toda la compañía el «Himno á la Exposición,» original de aquél, que fué acogido con una ovación delirante.

Después se representaron las zarzuelas *El motete*, *Moros y cristianos* y *Alma de Dios*, todas ellas debidas al Sr. Serrano, quien, durante toda la noche, no cesó de escuchar aplausos y aclamaciones entusiastas.

Con motivo de la inauguración del teatro de su nombre, el maestro Serrano ha sido obsequiado con un banquete de ochenta cubiertos presidido por el alcalde de Valencia.



Lo que se ve desde los palcos. (De fotografías de M. Barberá Masip.)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES

PROSADORS NORD-AMERICANS. — Colección de artículos de varios géneros de Washington Irving, Guillermo H. Prescott, J. Kirke Paulding, Dr. Franklin, Tomás Jefferson, G. Ban-

páginas, que forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenç,» que con tanto éxito se publica en esta ciudad. Precio, 50 céntimos.

CRÍTICA LITERARIA, por Juan Valera. — Un tomo de 324 páginas, que forma parte de la «Colección de Obras Completas» de aquel ilustre escritor y contiene doce artículos críticos escritos en el período de 1873-1878. Editado en Madrid, se vende á tres pesetas.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS SEÑORES JORET HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA + CLOROSIS

APROBACION de la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS

Las Auténticas

PÍLDORAS DE BLANCARD

de Paris (2 á 6 al día)

no se venden sueltas

EXJANSE LA FIRMA Y EL RÓTULO VERDE

JARABE DE BLANCARD

Inalterable (2 á 3 cucharadas al día)

DESCONFIESE de los SIMILARES INEFICACES

LEUCORREA + DEBILIDADES

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE

Curadas por el El mas activo y económico, el unico Inalterable.— Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de: Clorosis, Anemia profunda, Malaria, Menstruaciones dolorosas, Calenturas.

Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA

CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados, 100 pesetas

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

VINO y JARABE DE DUSART

al Lactofosfato de Cal

EL JARABE DE DUSART se prescribe á las nodrizas durante la lactancia, á los niños para fortalecerlos y desarrollarlos, asi como EL VINO DE DUSART se receta en la Anémia, colores pálidos de las jóvenes, y á las madres durante el embarazo.

PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

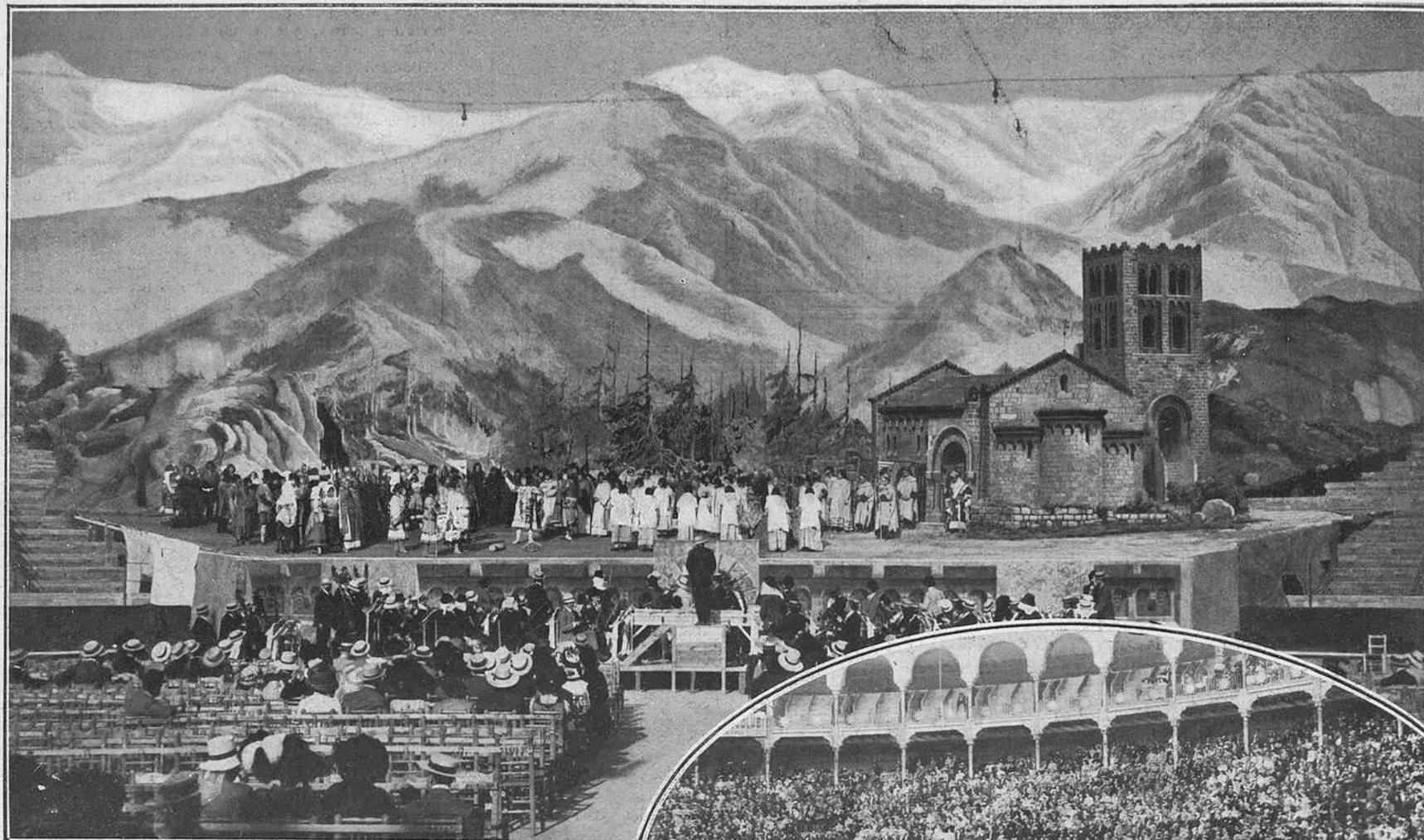
croft, Enrique W. Longfellow, Verplanck, H. T. Tuckerman y Nataniel Hawthorne, traducidos por R. Patxot y Jubert. Un tomo de 132 páginas, que forma parte de la Biblioteca Popular de «L'Avenç,» que con tanto éxito se publica en Barcelona. Precio, 50 céntimos.

PEDRO SCHLENUHL Ó EL HOMBRE QUE HA PERDIDO SU SOMBRA, por A. de Chamisso, traducción de J. Prat. — Un tomo de 168 páginas, que forma parte de la Biblioteca Diamante, que con tanto éxito publica en Barcelona D. Antonio López. Precio, 50 céntimos.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE VENEZUELA, por Francisco González Guinán. — Obra importantísima de la que se han publicado hasta ahora tres tomos, de 508, 550 y 482 páginas respectivamente, ilustrados con numerosos grabados, que comprenden, además de una parte dedicada á la conquista, los gobiernos constitucionales hasta 1840. Sentimos que la índole de esta sección no nos permita analizar ni siquiera someramente esta obra y dedicarle con la extensión debida los elogios que se merece; hemos de limitarnos á decir que el Sr. González Guinán ha hecho en ella una labor de historiógrafo concienzudo y de crítico imparcial, escribiendo un verdadero libro de historia á la moderna, abundantemente documentado. La obra ha sido impresa en Caracas, en la tipografía de «El Cojo.»

POBLET, por Jaume Ramón y Vidales. — Colección de narraciones, tradiciones y leyendas referentes al célebre monasterio, con un prólogo de Luis Vía. Un tomo de 96

BARCELONA.—REPRESENTACIÓN EN LAS ARENAS DE LA TRAGEDIA «CANIGÓ»
ADAPTACIÓN DEL POEMA DE VERDAGUER



El escenario: vista de una de las principales escenas de la obra

Después de haberse representado en las Arenas de Figueras, lo ha sido en las de Barcelona la tragedia lírica *Canigó*, arreglo á la escena del hermoso poema de Verdaguier hecho por José Carner y al que ha puesto música el maestro Pahissa.

La adaptación resulta admirable; Carner ha escogido de la obra de nuestro gran poeta los episodios más culminantes, enlazándolos con trozos originales que no desdican de los fragmentos conservados en el arreglo y venciendo con verdadera maestría las grandes dificultades que una labor de esta índole entraña.

La música revela la obra de un compositor inspirado, de depurado gusto, que domina la instrumentación y sabe compenetrarse con el espíritu de las diversas situaciones de la tragedia. Hay en la partitura números de singular delicadeza, con todos los encantos de las melodías populares de nuestra tierra; otros de mucho vigor dramático, apasionados, emocionantes; otros de solemne grandiosidad; y en todos ellos admírase el talento de quien conoce á fondo y sabe aprovechar con habilidad suma los recursos orquestales. Entre las piezas más notables merecen especial mención la introducción, el coro de sopranos, la escena de la salida del obispo Oliva, la de la bendición, la danza de los *fallayres* y el canto guerrero, del primer acto; el preludio, las escenas del milagro y de la seducción de *Gentil* y el final, del segundo; la canción del tenor, la invocación del obispo, la llegada de *Tallaferro* y el himno, del tercero y último acto.

La decoración, de los reputados pintores Sres. Moragas y Alarma, es una obra maestra de escenografía; las montañas del Canigó con sus cimas cubiertas de nieve, sus agrestes peñascos, sus hondos precipicios y su vegetación salvaje, son de un efecto maravilloso, y el monasterio de San Martín que al pie de ellas se levanta, es una bellísima reconstrucción del histórico edificio. El conjunto, grandioso, espléndido de color, modelo de perspectiva, llega á producir la ilusión de la realidad.

La dirección escénica del espectáculo, á cargo del inteligente y erudito artista Sr. Gual, ha sido un nuevo y gran triunfo para éste, quien ha demostrado una vez más sus especialísimas aptitudes así para disponer la escena como para adiestrar á los actores y mover las masas. A él se debe indudablemente una gran parte del éxito indiscutible que ha tenido justamente



El público. (De fotografía de nuestro reportero Sr. Merletti.)

la obra, en las Arenas de la ciudad de Figueras primero y ahora en las de nuestra capital.

La interpretación de *Canigó* nada ha dejado que desear: los cantantes señoras Grau y Gils y señores Costa y Giralt, los actores señora Baró y señores Capdevila, Rojas, Piera, Puiggari, Lopera, Tort, Petit y Cuétara; la orquesta dirigida por el Sr. Pahissa, los coros, la comparsa, el cuerpo de baile, todos se han portado como buenos, contribuyendo cada cual en su esfera al inmejorable efecto del conjunto.

El público, que llenaba casi enteramente las Arenas, tuvo para todos, poeta, músicos, pintores, director y actores, entusiastas aplausos, que al final se convirtieron en estruendosas ovaciones.

Al registrar en nuestras columnas el brillantísimo éxito del *Canigó*, nos complacemos en felicitar calurosamente á cuantos á él han contribuido y muy en particular á los que han iniciado y llevado á cima tan felizmente una empresa que, siendo la primera en su género en España, ha sido al mismo tiempo un hermoso homenaje, una magnífica apoteosis del inmortal autor de *La Atlántida*. — M.

ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR

*
Célebre Depurativo Vegetal
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpés, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

data de 1849 Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Prepara y conserva el cutis limpio y sano
R. St-Denis, 48

Casa GANDES

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA

CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas
de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN ÉXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN